# ONE DAY

TOMO 2

ALESSANDRA NEYMAR

UNIVERSO BAJO EL CIELO PÚRPURA DE ROMA

ALESSANDRA NEYMAR

# One Day

Tomo · 2

Copyright © 2023 Alessandra Neymar
Todos los derechos reservados.

# Índice

**Antes de leer**
- Regreso y Despedida
- *Patrizia y Fabio*
- Vejez y Juventud
- *Ofelia y Domenico*
- Proposición y Alacena
- *Diego y Eric*
- Viaje y Reencuentro
- *Enrico y Sarah*
- Pasado y Presente
- *Cristianno y Kathia*

# Antes de leer

Ante todo, gracias por adquirir este libro. Significa mucho para mí, ya no solo por tu apoyo, que es esencial, sino por compartir conmigo la aventura que nos ha traído hasta aquí.

He de contarte que todo lo que vas a leer en esta colección forma parte de un universo que se ha ido construyendo a lo largo de los cinco libros que conforman la saga *BAJO EL CIELO PÚRPURA DE ROMA* y de sus novelas cortas.

A la hora de darle un nombre a esta colección de tomos, fue espontáneo. **One Day**, como ya sabrás, significa un día. Para mí hace una excelente referencia a esos momentos que uno va acumulando a lo largo de su vida y a los que a priori no se les presta la suficiente atención. ¿Quién no ha dicho en alguna ocasión: un día me pasó…?

Y es que la rutina, aunque la mayoría de las veces incomprendida y odiosa, es en realidad algo magnífico que extrañamos cuando nos falta.

Todo eso es **One Day.**

Capítulos inéditos y pequeños relatos que nos acercan un poco más al día a día de nuestros chicos, nos muestran perspectivas de diferentes de los eventos acaecidos en la saga, y nos desvelan momentos que marcaron su vida. Otros quizá simplemente serán nimiedades que te sacarán una sonrisa.

Esto no pretende aportar información esencial para el universo de los Gabbana y compañía, sino acercarte un poco más a ellos.

Es fruto de escritos que he ido acumulando a lo largo de los años y pensamientos muy míos que ahora quiero compartir contigo.

Así que espero que disfrutes de estos pequeños momentos y te anime saber que vendrán muchos más.

Con cariño,
*Alessandra Neymar*

# Regreso y Despedida

*Patrizia y Fabio*

# PATRIZIA

Nunca fui una niña deseada.

De hecho, mis padres lamentaron el día en que me trajeron al mundo porque tenía vagina y demasiada belleza. Eso lo dijo mi tío Alfredo. Ellos, en cambio, opinaban que yo era algo así como un castigo divino por los devaneos de papá con el alcohol y las mujeres. Y cuando tuve edad suficiente para entenderlo le pregunté a mamá por qué no me abortó. Puso el grito en el cielo, eso iba en contra de las leyes de la iglesia.

Así que me soportó.

Tres hijos varones y un escarmiento con vagina y demasiada belleza.

Esa era yo. Y así me crie, escuchando los cuchicheos de la gente sobre mi existencia, que no era otra cosa que el error de los Nesta, los reyes de Colonna.

La hija a la que domaron con amenazas, pese a su carácter impetuoso.

Pero no todo fue malo.

Mis abuelos paternos tenían una viña en San Cesareo. En ella habían trabajado hasta que las tormentas del verano de mis doce años arrasaron con todo. El abuelo murió intentando proteger la cosecha. Y la abuela no quiso volver a pisar el hogar que había compartido con su querido esposo.

Falleció once meses después. Yo tenía su mano entre las mías cuando la vida la abandonó, y recordaba a la perfección lo sola que me sentí entonces. Las únicas personas que me habían querido de verdad se habían ido y ahora tenía que aprender a caminar sin ellos ni su protección.

Tras su muerte, el primer golpe llegó con el testamento.

La abuela me legó la viña.

En el fondo, ambas sabíamos que aquellas paredes eran las únicas que podían contener mi rabia. Que, cuando la situación fuera demasiado insostenible en casa y no tuviera ganas de seguir batallando con mis padres, podría esconderme allí hasta que volviera a sentirme con fuerzas para morder.

Lo hice miles de veces. Y mis hermanos me odiaron. Hasta que la guerra de los clanes del norte acabó con la vida de dos de ellos. Poco tiempo después le siguió el favorito, que era el hombre destinado a coger el testigo de mi padre.

No éramos una familia muy pudiente, pero lo que teníamos era bien reconocido por todos, incluso por los Gabbana. Nos respetaban. Tanto que llegamos a ganarnos el derecho a participar en el consejo de Domenico cuando papá recurrió a él en busca de protección.

La guerra por el control del territorio cesó. Se lloraron a los caídos. Pero el sueño de Arturo Nesta de entrar en la capital italiana se hizo realidad, y creció la idea de un alianza más férrea.

Poco importaba la muerte de tres de sus hijos si la más odiada de ellos le abría las puertas de Roma.

Siempre creí que el matrimonio no era para mí.

Hasta que conocí a Fabio Gabbana.

Y me enamoré locamente de él.

Ojalá hubiera sabido entonces que ese amor sería su tumba.

# Extractos de
# LOS DIARIOS DE FABIO

***17 de julio***

*Creo que Patrizia me ha robado el corazón porque ya no lo noto en mi pecho. Hoy es su cumpleaños. Diecisiete años. Y no tiene ni idea de todo lo que me provoca su presencia. A veces, me asfixia. Otras, me enloquece. Y todas ellas me fascina. Porque sé que después le seguirá una sonrisa y algún comentario mordaz, y eso me enamorará aún más si cabe.*

*«¿Por qué escribo un diario?», me han preguntado.*

*Yo he respondido que, si no lo hago, me volvería loco. Y es que no me atrevo a decirle que se ha convertido en la protagonista de cada uno de mis sueños y que, en ellos, siempre encuentro el valor a robarle un beso sin que me importe lo mucho que me odia mi hermano.*

***20 de julio***

*La he besado.*

*He estado haciéndolo toda la madrugada. Y ahora le miro. Patrizia duerme. Está tendida en la cama. Su piel desnuda recoge los primeros destellos del amanecer, y me pierdo en el sinuoso arco de su espalda y la preciosa curvatura de sus nalgas. Su exuberante melena oscura está esparcida por la almohada. Tengo ganas de enterrar el rostro en ella y respirar su aroma. Tengo aún más ganas de verla abrir los ojos y sonreírme. Me dará la excusa perfecta para volver a enterrarme entre sus muslos.*

*Que la amo no es ningún misterio.*

*Que lo haré siempre es una certeza. Lo sé ahora que mi piel ha memorizado la suya, y jamás podré olvidarla.*

***3 de septiembre***

*Debo volver a Oxford.*

*No quiero.*

*No quiero despedirme.*

*No quiero alejarme de su boca.*

*Si lo hago, temo las consecuencias. Van a apartarla de mí. Alessio se encargará de ello. Ya*

*tiene la partida ganada y no hay nada que yo pueda hacer.*

*«Deja que vaya contigo», me ha pedido entre lágrimas.*

*Le he dicho que sí.*

*Y ahora escribo esto mientras ella me observa. Estamos en un tren. Me muestra una sonrisa coqueta. Nadie sabe que me ha seguido a Inglaterra, y yo solo se lo he dicho a mi padre. Así que todavía guardo la esperanza de que todo salga bien.*

*Si algún día lees este diario, Patrizia, has de saber que te he amado cada segundo desde que apareciste en mi vida.*

***12 de octubre***

*Patrizia se ha ido.*

*Lo ha hecho fingiendo una sonrisa y tras haber confesado que no se adapta a Oxford y que todo va demasiado rápido entre los dos.*

*No la he creído. No he podido porque la he mirado a los ojos y lo único que he visto en ellos ha sido amor. Pero debemos mentirnos y creernos esas mentiras. Por el bien de ambos. Y es que Patrizia no ha querido decirme la verdad, pese a que yo sé bien que su decisión se rige por las amenazas.*

*Así que no he luchado. No le he rogado.*

*La he dejado ir.*

*Y me encantaría gritar como un loco…*

***22 de diciembre***

*Patrizia ha abandonado la fiesta navideña de los Bossi demasiado pronto. Me ha visto llegar, nos hemos mirado y se ha ido.*

*Yo la he seguido un rato después y la he encontrado en mi coche. Hemos dejado las palabras para más tarde. Simplemente he conducido a nuestro lugar habitual de encuentro: la casa de sus abuelos en San Cesareo.*

*Nadie nos ha visto entrar. Y cuanto he cerrado la puerta, nos hemos devorado como dementes.*

*Estamos cometiendo un error, pero no me importa.*

***4 agosto***

*Nuestro guardia Emilio me ha dado una nota. Patrizia me reclama, y por primera vez he querido*

*negarme. Pero al final he sucumbido. Y lo peor que ha podido pasarme es encontrarme con ella vestida de blanco.*

*Apenas ha cumplido los dieciocho y ya está a las puertas del altar.*

*«¿Me perdonarás algún día?», me ha preguntado. No ha querido llorar porque sabe que todo el mundo descubrirá en cuanto llegue al altar que no son lágrimas de felicidad.*

*He guardado silencio. ¿Cómo voy yo a aceptar unas disculpas de alguien que no ha cometido ningún error?*

*Compartimos tantos secretos. Un amor ardiente, miles de encuentros furtivos y el odio hacia el mismo hombre y todas sus artimañas.*

*Me he acercado a ella y la he besado. Sus labios me han sabido a despedida. Ella no lo sabe, pero lo descubrirá de la peor manera.*

*Una despedida.*

*Patrizia… Me digo que no quiero volver a escribir sobre ti en este diario. Me digo que puedo lograrlo, que la distancia calmará este fuego que siento por ti y la rabia que me despierta Alessio.*

*No lo conseguiré.*

*Mañana amaneceré, abriré estas páginas y volveré a escribir que te amo con todo mi corazón.*

*Pero, por ahora, lo guardaré para mí, muy lejos de ti.*

*Lejos de ti, mi amor.*

*Para que la muerte no te lo ponga tan difícil.*

*Para que las amenazas no nos separen en tiempo y espacio.*

# PATRIZIA

Visitaba la casa de mis abuelos una vez al mes. Alessio toleraba esa costumbre porque formaba parte de nuestro acuerdo, era lo único que respetaba de mí. Y jamás se había atrevido a poner un pie allí sin mi permiso.

Yo nunca se lo di.

Nunca.

No le consentiría acceder al lugar que me había visto yacer con Fabio y guardaba todo lo que sentía por él. Ese territorio era solo mío. Nuestro.

Sin embargo, saberlo no lo hacía más sencillo.

Las ocasiones en que me acercaba allí me exigía unos días previos para asumir la tormenta de recuerdos que me golpearía en cuanto atravesara el umbral de la puerta.

Era descomunal, sentía que las paredes se me echaban encima. Me consumía cada instante que había compartido con Fabio. Y me decía que no tenía por qué seguir yendo a una casa en la que lo único que quedaba de nosotros eran las ascuas de una historia imposible.

Sin embargo, caía una y otra vez. Y pronto entendí que algo de mí lo necesitaba para recordarme que sucedió, que mi corazón seguía latiendo, aunque fuera muy lejos de mí. Imaginaba las manos de Fabio acunándolo, susurrándole quizá algunas de las palabras que solía decirme.

A veces me preguntaba si él pensaba en nosotros con afecto, si su silencio en los últimos años se debía al rencor que me guardaba. Que no podía mirar a los ojos de la mujer que había amado porque ésta lo había traicionado al escoger a su hermano.

Nunca le dije que no tuve elección, y confié en que Fabio lo hubiera deducido todo, disponía de la inteligencia como para detectar esas cosas. Quise creer que sí, el último beso que nos dimos estuvo cerca de convertirse en un grito desgarrador que aceptaba mi sacrificio, así como el odio que le suscitaba la situación.

Sin embargo, después de aquel instante no hubo más, y me atormentaba pensar que quizá Fabio había escogido borrarme de su memoria para siempre.

Creí que con el tiempo y la distancia mi amor por él menguaría, pero no fue así. No cambió siquiera entonces, que habían pasado más de siete años desde la última vez que nos habíamos visto.

Había dejado de contar los días cuando mi hija Florencia vino al mundo. Pero no podía evitar mirar la puerta del edificio cada vez que se abría con la esperanza de verlo aparecer. Cuando descubría que no era él casi sentía alivio, porque no tendría razones para ignorar las amenazas. Y todo seguiría estando en su lugar, con Fabio Gabbana respirando en otro país.

Quizá al cobijo de otra mujer.

—

Aparqué en la explanada de la casa en cuanto atravesé la verja. Había caído la noche. Alessio

había salido de la ciudad por negocios y las niñas estaban al cuidado de su abuela. Así que podía tomarme aquella noche para mí.

Prendería la chimenea, descorcharía una botella de vino y me tomaría una copa mientras las llamas me arrojaban una visión de mis muslos aferrados a la cintura de Fabio.

Sí, a mi mente le gustaba jugar conmigo y solía torturarme. Pero había aceptado el proceso y, lejos de consentir que me hiriera, decidí disfrutar de él.

Fabio y yo compartíamos una conexión idílica, nuestras conversaciones eran extraordinarias, llenas de ingenio. Nos lo pasábamos genial juntos. Bromeábamos, jugábamos, hablábamos de miles de cosas, hacíamos el amor. Cada instante a su lado era mejor que el anterior.

Qué bonita habría sido la vida a su lado.

Todo eso estaba dispuesta a recordar, con una sonrisa en la boca como regalo a aquellos días de juventud que tan lejanos me parecían ahora.

Sin embargo, había alguien dentro de la casa. Vi los destellos de luz que se derramaban por las ventanas del salón y una silueta a través de las cortinas. La furia inundó mi torrente sanguíneo. Si Alessio se había atrevido a romper su promesa iba a lamentarlo, de eso no me cabía duda.

Entré como un huracán, dispuesta a destrozarlo con mis propias manos si hacía falta. Y me detuve como si me hubiera estrellado contra una pared invisible.

Nada me había preparado para ahogarme en aquellos ojos rabiosamente azules, que me miraron como si hubiera estado buscándome toda una vida.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con el corazón en la garganta.

Fabio se alzaba en medio del salón, exudando ese imperioso carisma que lo caracterizaba. Se había quitado la chaqueta y la había dejado junto a su corbata sobre el respaldo de la butaca que había en un rincón. También se había descalzado y desabotonado los primeros botones de su camisa.

El Gabbana ya no era el muchacho de veinte años que me robó un beso el día de mi boda. Tampoco era ese joven que atesoraba en mi fuero interno. Ahora tenía veintisiete y se había convertido en un hombre al que era imposible dejar de admirar. Llevó a un nuevo nivel su impresionante belleza.

Había prendido la chimenea. El silencio que reinó entre los dos se vio interrumpido por el crepitar del fuego y el silbido del viento vespertino. Me obligué a pensar que las ventanas necesitaban una reforma. Hacía demasiado frío allí durante el invierno y la estructura era demasiado antigua para resistirlo.

—No te vi anoche —dijo bajito.

Me estremeció. Su voz me atravesó como una descarga eléctrica. Tantos años sin escucharla, tan ronca y cálida.

Exhalé y no pude contener los escalofríos. Él los notó. Maldita sea, reparó qué provocó en mi cuerpo. Y detesté la corta distancia que nos separaba, porque era lo más cerca que había estado de Fabio en mucho tiempo y ni siquiera me había preparado para lo que eso significaba.

Había sabido de su llegada, y me escondí porque no me atrevía a mirarlo. Le reprochaba que hubiera desaparecido sin más, y no me fiaba de mis propias reacciones delante de Alessio. Honestamente, adoraba demasiado a los Gabbana como para ponerlos en la tesitura de presenciar una pelea tan seria entre hermanos.

—Tenía cosas que hacer —espeté.

Fabio torció el gesto y entrecerró los ojos. Yo tragué saliva y apreté los dientes. No podía creer que lo deseara con la misma intensidad que la primera vez.

—¿Durante la cena?

—Sí, durante la cena.

El rencor no nacía de él, sino de mí. Fabio simplemente lo aceptó y me ofreció un instante para asumir que volvía a tenerlo a mi alcance, por más rencores y amenazas que se interpusieran entre los dos. Quizá él también necesitaba asumir la mujer en la que yo me había convertido.

—A Chiara le cuesta dormir —especifiqué—. Es una niña muy activa y solo se duerme si estoy a su lado. Eso lo habrías sabido si hubieras estado aquí el día que nació.

—Patrizia…

—¿A qué has venido? —rezongué.

No podía soportar que dijera mi nombre de aquella manera, con tanta tristeza y nostalgia.

Fabio suspiró y se mordió el labio.

Había cosas que no cambiaban, como esos gestos tan suyos. Era un hombre comedido, siempre lo había sido. Y cuando se ponía nervioso o se sentía inquieto solía mirar a su alrededor como si estuviera reuniendo fuerzas o buscando el modo de escapar.

—Sigues visitando esta casa… —admitió.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Detestaba hablarle así, tan herida y resentida, cuando fui yo quien lo echó de su hogar. Pero no sabía cómo manejar la situación. Volvía a ser esa adolescente absolutamente fascinada por Fabio Gabbana. Y me devastaba toparme de frente contra todas las barreras que se nos habían impuesto.

—Alguien debe mantener este lugar —comenté.

—Podrías contratar a alguien.

—Disfruto haciéndolo yo misma, lo sabes.

Me regaló una sonrisa. Fue sutil y suave, pero bastó para que mi pulso me empujara un poco más al límite. Sentía que las rodillas se me aflojarían en cualquier momento, que terminaría clavándolas en el suelo, y rompería a llorar como una desquiciada. Lo deseaba. Me hubiera gustado tener el valor para decirle que se largara de allí, que me olvidara, que no apareciera de nuevo, que me besara, que me arrancara la ropa y me hiciera el amor como solo él sabía hacerlo.

Contradicciones. Una lucha encarnizada de contradicciones que se desató en mi pecho y apenas me dejaba respirar.

—Está tal y como lo recordaba...

—Siete años, Fabio. Siete.

Lo interrumpí y hablé entre dientes, indignada. No le permitiría fingir que podíamos tratarnos como si no hubiera pasado nada entre los dos. No habíamos sido creados para ser amigos, mucho menos podíamos estar en la misma sala sin tocarnos. No lo soportaba. Porque sabía que después volvería a desaparecer, y yo me rompería un poco más.

—Y sé que has venido a Roma a ver a tus padres. Lo sé bien, pero te has encargado de que no nos crucemos ni siquiera de pura casualidad —le reproché—. Siete años en los que han nacido tus dos sobrinas, y me has dejado ¡sola y llena de preguntas!

Cerró los ojos al escucharme gritar. Pero no me lo impediría. Me dejaría verbalizar todas mis miserias.

—Nunca respondiste a mis cartas, nunca me devolviste las llamadas. Te importaron un comino mis dudas, mis remordimientos. ¡Me dejaste sola con un hombre al que no amo! —exclamé desesperada—. ¡Y tú eres el único que sabe toda la verdad, aunque nunca te la dijera! ¡Eres el único que podría haberlo hecho todo un poco más fácil! ¡Pero te fuiste y me dejaste sola y…!

No pude terminar la frase. Fabio no me dejó porque su boca se estrelló contra la mía. Sí, borró como exhalación la distancia entre los dos y capturó mi rostro con sus manos antes de consumirme en un beso voraz.

—Tenía que olvidarte —jadeó en mis labios.

Yo me aferré a sus muñecas, lo invité a acercarse un poco más. Su pecho contra el mío. Su aliento dándome de respirar. Poco me importó esconder que me moría por él, que no había pasado ni un instante sin dejar de echarlo de menos.

—¿Lo has conseguido? —pregunté.

—Ya ves que no.

Pero no me atreví a corroborarlo mirándolo a los ojos. Agaché la cabeza, con mi rostro todavía atrapado entre sus manos. Los labios de Fabio dibujaron el puente de mi nariz y ascendieron hacia mi frente. Sentirlos sobre mi piel, tan suaves y ardientes como recordaba, acabó lentamente con mis defensas.

Iba a caer, la cuestión era si lo haría como la mujer que lo amaba hasta la demencia o la mujer que estaba casada con su hermano.

—¿Por qué no me miras? —preguntó en un susurró—. Siempre has sido lo bastante descarada. Mírame. No me lo niegues ahora, por favor.

Encararlo no había sido complicado mientras me sentía furiosa porque había entrado en esa casa pensando que Alessio se había atrevido a desafiar su única promesa. Pero, conforme la rabia cedió, el deseo crecía y ahora me costaba asumir que los ojos de Fabio siempre me abrazarían.

—Mírame, mi amor…

Su voz me embrujó y al fin clavé mis ojos en los suyos. Tragué saliva, no me veía capaz de sostener aquella penetrante mirada por mucho tiempo. Me debilitaba.

—Tú no lo hiciste cuando lo necesité.

Vio mi dolor y yo vi el suyo.

Entonces, todo estalló.

No supe quién se movió primero.

En apenas un instante, su boca salió al encuentro de la mía, y no pude contener un gemido de puro alivio. Sí, gemí, pese a la vergüenza que me embargó y la voz de mi mente que me anunciaba la lista de consecuencias. Pero yo solo pude abrir la boca y darle la bienvenida a la lengua de Fabio.

Enterré los dedos en la espesura de su cabello y empujé su cabeza aún más contra mí. Maldita sea, quería consumirlo, tragármelo entero, saborear su erección, su maravilloso peso sobre mi lengua. Quería su cuerpo contra el mío, piel con piel, mientras buscábamos juntos ese poderoso clímax que nos habíamos prohibido durante tanto tiempo.

Fue tal el deseo que me noté a punto de estallar. Tuve que aferrarme a sus hombros para mantenerme en pie, mientras sus manos se hundían en mi trasero y me empujaban contra su dureza. Me froté contra ella, y me hundí en ese beso devorador. Esa boca era mi hogar, era todo por lo que merecía existir. Y respiré de él como si hubiera estado privada de oxígeno.

Compartiendo mi necesidad de mayor cercanía, Fabio me estrechó con más fuerza y ahondó en el beso. Se hizo más fuerte, más animal. Hasta que ya no parecía posible abarcar todo lo que ambos queríamos.

Pero Fabio se detuvo a coger aire y sus ojos de azul diamantino me observaron hambrientos. Rocé sus labios con los míos.

—¿Sigues notándolo…? ¿Lo sientes igual que en el pasado? —jadeé con el corazón en la garganta y el pulso disparado.

Fabio apoyó su frente en la mía. Coló sus manos bajo mi jersey y tiró de él con suavidad hasta quitármelo. A continuación, las deslizó por mis pechos. Los contempló como si fueran pequeñas obras de arte.

—Si por mí fuera, me enterraría en ti y no saldría nunca.

Fue un comentario tan hermoso como doloroso, tan lleno de anhelos.

—Me darás una noche y luego te marcharás —murmuré—. Lo sé bien, y me dolerá. Pero…

Cerré los ojos.

—Esta noche es tuya y mía. ¿Es eso?

—¿Me darías más?

Ambos sabíamos que no, que ni siquiera debíamos cruzar esa barrera, que nuestros cuerpos no tenían permitido estar a solas en una habitación.

—Te daría mi vida, Patrizia.

Lo miré. Hallé dolor y verdad en sus pupilas.

—Maldito seas —gruñí resentida antes de entregarme a él de nuevo.

Fabio me devolvió el beso.

Por más que lo intentamos no pudimos devorarnos todo lo profundo que deseábamos, y la tensión crecía, amenazaba con volvernos locos.

Nos arrancamos la ropa dando tumbos y terminamos tendidos sobre la alfombra, rodeados de almohadones y al amparo de las llamas del fuego que ardía en la chimenea.

Cuando Fabio se abrió paso hacia mi interior nos miramos a los ojos y nos prometimos no verbalizar la realidad de lo que significaba aquello, que amarnos podía costarnos la vida, que ese sentimiento tan poderoso daría sufrimiento a personas que no lo merecían.

Que éramos traidores y víctimas.

Pero nos aferramos el uno al otro y nos besamos mientras mis piernas acogían las embestidas de su cintura. No, no fue sexo. Era una necesidad, una necesidad ardiente de cercanía que ninguno de los dos creímos satisfacer lo bastante.

Y cuando culminamos, me prometí no llorar.

—

Todavía sentía su cálido orgasmo dentro de mí cuando mi pulso empezó a suavizarse. Tenía la cabeza apoyada en el brazo de Fabio, ambos tendidos sobre la mullida alfombra de pelo grueso, mirando al techo con la piel perlada en sudor.

Había sentido su gloriosa presencia dentro de mí y aún no me creía que ese hombre estuviera a mi alcance.

—¿Eres feliz? —preguntó bajito, como si no quisiera romper la magia que nos envolvía.

Quise ser sincera.

—A ratos. He encontrado en tus padres a una familia de verdad. Silvano es… un hombre maravilloso. Y Graciella…

Sonrió con nostalgia. No quería admitirlo por el bien de sus emociones, pero echaba de menos a su familia, a su hermano Silvano.

—Habla de ti como una hermana.

—Lo es… —me sinceré—. La siento de ese modo.

Silencio. Y un suspiró. Ahora venía la parte más dura.

—¿Y él…?

Cogí aire y me contuve de apretar los dientes. No quería mencionar a Alessio, pero era inevitable.

—Es amable y soporta que lo odie. Me trata bien, y es tan buen actor que a veces me hace dudar. No ha cambiado. —Desvié la vista hacia él sin saber que Fabio ya me estaba mirando de antes—. Pero tú sí.

—¿En que soy diferente, Patrizia?

—Me llamas por mi nombre.

Él siempre había preferido nombrarme con algún apelativo cariñoso. Eso también lo echaba de menos.

—Eres la mujer de mi hermano. Y no vamos a mencionar en qué nos convierte eso.

—Tampoco diremos cuáles fueron las razones que nos llevaron a separarnos.

Sentí un nudo en la garganta al ver que sus ojos afirmaban.

—¿Incompatibilidad de caracteres? —trató de bromear.

—Idiota… —sonreí, y Fabio me abrazó.

El calor de su pecho fornido contra el mío me empujó a los días en que creía que podía convertirme en su mujer.

Por aquel entonces me gustaba acariciarlo, y Fabio me dejaba explorar sin límites, jugar con su piel, empujarlo a la locura.

No me privé de ello en ese momento. Y empecé acariciando la curva de sus clavículas. Fabio cerró los ojos, supo qué me proponía, y suspiró de nuevo como si estuviera preparándose para el placer que le despertarían mis caricias.

Deslicé mis dedos por su tórax. Era más recio de lo que recordaba. Continué por su vientre marcado, por el suave rastro de vello que me guiaba hacia su miembro dormido. Lo repasé con suavidad. Fabio tembló, y yo alcancé su base y volví a ascender hacia la punta. Repetí el proceso hasta que su erección me saludó y no pude evitar acogerla en mi boca.

Ese jadeo que Fabio liberó me llevó a apretar los muslos, me excitó casi tanto como el sabor de su piel. Me dediqué a agasajar aquella exquisita dureza mientras los dedos de su dueño se enterraban en mi cabello.

Estuve segura de que no me dejaría probar su placer. Fabio querría volver a mí, y así fue. Me dejé arrastrar por sus manos, que me subieron a horcajadas sobre su cintura. Y lentamente me empalé con su erección. Lo monté como una hembra desesperada mientras sus ojos observaban encendidos cada uno de mis movimientos.

Y de nuevo caímos en un clímax de lo más intenso y nos abrazamos fingiendo que teníamos todo el tiempo del mundo.

Pero Fabio se marchó al día siguiente, y nueve meses después vino al mundo la representación más pura y hermosa de ese amor imposible que compartíamos.

Mauro nunca debía saber que su padre me amaba en las sombras. Ni que yo me pasé la vida arañando momentos a su lado.

# Vejez y Juventud

*Ofelia y Domenico*

# OFELIA

El paisaje que rodeaba el lago de Como desprendía un embrujo cautivador, aliviaba el alma y sosegaba los recuerdos más sombríos.

De eso me di cuenta cuando crucé el puente de piedra que conectaba las orillas de la desembocadura de un arroyo. Era allí donde mi Fabio se había pasado las horas, lanzando piedras al agua y observando el atardecer.

Recuerdo que le gustaba salir a pasear solo, y siempre volvía a casa con flores que había ido recogiendo por el camino porque sabía que a mí me encantaban.

Eso hice esa tarde.

Recogí el mismo tipo de flores que Fabio, y pensé cómo habría sido ese paseo bajo el atardecer si mi pequeño hubiera estado conmigo y no descansando en un panteón. Por amable que fuera ese lugar, no debería haberse instalado en él tan pronto.

Con todo, de algún modo, lo sentí a mi lado. De un tiempo a esa parte era habitual en mí notar escalofríos o percibir la sensación de una mano cálida apoyándose en mi espalda. Había ocasiones en que incluso escuchaba su voz, como un murmullo lejano, llamándome. Me aferraba a eso, a que mi Fabio seguía aferrado a la dimensión de los vivos. Y yo me convencía de que, allí en su plano, era feliz y ya no corría peligro.

Así lo rogaba cada noche desde su muerte hacía más de un año.

Regresé pronto a casa. Últimamente refrescaba durante la puesta de sol, y el engañoso septiembre todavía no me animaba a ponerme una chaqueta. Lo haría en cuanto llegara para que, cuando mi gente se empeñara en cenar en el jardín, no me viera tiritando como una estúpida.

Tenía una familia tan escandalosamente atenta que seguro que terminaba envuelta en una manta eléctrica antes del primer temblorcillo. Y eso me complicaría muchísimo soltar alguna colleja a mis nietos o atiborrarme con las delicias que hubiera preparado Antonella. Ni qué decir de reírme a boca llena de los ingeniosos comentarios de mi Patrizia o de las reacciones de mi Graciella.

Lo cierto era que tenía un poco de apetito y que me apetecía darme un baño en las termas del jardín interior antes de prepararme para la cena. Así que encaré el fastuoso vestíbulo de mármol y columnas de mi residencia.

—¿Qué tal el paseo, mi señora? —se interesó nuestro mayordomo.

Adelmo era un hombre encantador como pocos había conocido. Se había jubilado hacía un par de años, pero insistía en que le encantaba servir a la familia y que el mantenimiento de aquella mansión era el mejor entretenimiento para él.

—Esplendido, querido —sonreí al tiempo que él me cogía las flores.

—¿Quiere que las coloque en agua?

—Oh, puedo hacerlo yo, Adelmo. Todavía hay tiempo hasta la cena.

—No me cuesta en absoluto.

Fruncí el ceño y presté atención a mi alrededor.

Francamente, la residencia era enorme, pero mi familia y nuestros allegados eran lo bastante ruidosos como para que se les oyera a kilómetros de distancia. Más aun teniendo a jóvenes en plena edad de revolución hormonal.

—¿Por qué hay tanto silencio? —Aquello no tenía buena pinta.

Un Gabbana nunca callaba. Más bien tenía la energía de un volcán en erupción y eso contagiaba incluso a los que no portaban ese apellido.

Adelmo sonrió travieso.

—Me temo que no puedo hablar.

Le di un golpecito en el pecho.

—Muy formal estás tú hoy. «Mi señora», dice...

Se le escapó una carcajada.

—Su esposo la espera en el jardín.

Me encaminé hacia allí algo extrañada. No era habitual tanto secretismo. Sobre todo cuando la casa estaba llena de gente. Pero al vislumbrar el jardín se me olvidó pensar, y contuve una exclamación.

Había visto infinidad de cosas hermosas a lo largo de mi vida. Tal vez incluso más de lo que tenía ante mí en ese instante. Pero el amor que desprendía ese precioso rincón y la intención que guardaba no tuvo parangón.

Cuando caía la noche, la atmósfera del lago desprendía un encantamiento que casi me convencía de poder alcanzar el firmamento con la punta de mis dedos. Domenico Gabbana logró que la belleza del lugar alcanzara un nuevo nivel. Lo dotó de seducción y embrujo, lo convirtió en un escenario que no parecía de este mundo.

Una fantasía de seda y flores y el crepitar de las llamas de la chimenea exterior, bañada por las guirnaldas de luces para hacer de aquella mesa un centro delicado y deslumbrante. Muy cerca, junto al sauce cuyas ramas se agitaban por la brisa vespertina, el gramófono que mi esposo había heredado de su abuelo. El mismo que decoraba nuestra biblioteca del edificio.

Domenico me esperaba bien peripuesto. Se había ataviado con un precioso conjunto de pantalón de pinzas color teja y una camisa azul claro. Me estremecí porque se parecía muchísimo al atuendo que lucía la noche en que nos dimos el primer beso.

Me tendió una mano. Yo la cogí algo nerviosa.

—¿Qué es todo esto?

—Nuestro aniversario.

Me guiñó un ojo y, a continuación, me colocó un fular sobre los hombros. Sabía a la perfección que yo tendría un poco de frío.

En realidad, faltaban cuatro días para nuestro aniversario, y estaba convencida de que apenas lo celebraríamos. Como el anterior, que tras tanta guerra no nos sentimos con ánimos para festejar un amor que ni siquiera había sido capaz de mantener a dos de sus hijos con vida.

Tragué saliva. Se me humedecieron los ojos. La edad me estaba sensibilizando. Pero a quién quería engañar, siempre había sido una boba para los detalles románticos.

—¿Nunca te cansas de sorprenderme? —sonreí maravillada.

—Te prometí una vida de alegrías y aventuras. No siempre lo he conseguido, pero, heme aquí, intentándolo cada segundo.

Jamás dejaría de amar a ese hombre, jamás dejaría de crecer todo lo que me hacía sentir. Ni el tiempo ni las arrugas habían mermado los sentimientos que compartíamos.

—Has debido de esforzarte mucho para lograr echar a todos de la casa —bromeé.

—Algunos me lo han puesto muy fácil porque tenían que regresar a Roma. Otros… —Frunció los labios y alzó las cejas. Me hizo reír como siempre cuando adoptaba aquella mueca —. Digamos que los he invitado a explorar el hotelito tan mono que han inaugurado en Varenna. —Se inclinó hacia delante para cuchichearme como si fuera un secreto—. He tenido que meterle una patada en el trasero a tu hijo para que se subiera a la barcaza.

—No es muy de navegar nuestro Silvano.

—Tampoco es muy de cantar nuestro nieto, pero he tenido que comerme una interpretación de *Caruso* a todo pulmón como si fuera un gondolero veneciano para que se largara de una vez.

Solté una carcajada. Era fácil saber a cuáles de nuestros nietos se refería. Mauro nunca descansaba si de ser un revoltoso se trataba. Había heredado ese carácter cautivador de su padre, ese carisma travieso que se mermó con los años, para pena de muchos. Mi Fabio estaría muy orgulloso de ver que su hijo se esforzaba día a día.

—Dime que lo has grabado.

—Tranquila, Cristianno siempre aprovecha cualquier ocasión. Es el más astuto de nuestros nietos.

Mis muchachos, siempre tan maravillosos.

Miré a mi Domenico. Le brillaban los ojos. Era tan guapo, tan galante y caballeroso. Cogí su rostro entre mis manos y lo acerqué a mí para darle un beso en los labios. Después, apoyé su frente en la mía. Tuvo que curvarse, era mucho más alto que yo, pero estábamos acostumbrados, era algo natural.

—Debo corregirte —le advertí.

—¿Sobre qué?

—Tú no intentas hacerme feliz, amor mío. Tú lo logras. Siempre.

—Mi querida reina.

Otro beso. Y entonces él se alejó para encender el gramófono. Enseguida empezó a sonar una de nuestras canciones, la primera que bailamos juntos, y la misma que escuchamos el día de nuestra boda.

*You’re as pretty as a picture.*

Domenico se acercó a mí, rodeó mi cintura con un brazo y nos dimos la mano. Pronto comenzamos a oscilar de un lado a otro. Mi cabeza apoyada en su hombro, la suya sobre la mía. Mi corazón latiendo junto al suyo al son de aquella canción que tantas veces habíamos bailado.

—¿Cuántos van ya? —pensé en voz alta, porque me parecía ayer cuando se arrodilló para darme el anillo que todavía llevaba en mi dedo.

—Cincuenta y cinco. Y dos de novios.

—Qué rápido pasa el tiempo.

—Si cierro los ojos todavía puedo verte en aquella verbena con tu hermano vigilando que no se te acercara ningún pretendiente.

Levanté la mirada hacia él.

—Llévame a esa noche, amor mío. Y róbame un beso.

## *Un día, para siempre*

### Ofelia

—

Las verbenas de Ladispoli eran fabulosas. Durante una semana la plaza del pueblo se llenaba de puestos de carne y patatas asadas, pescado frito, buñuelos dulces y helados. También de juegos divertidísimos. Había baile y fuegos artificiales. Todo un festejo.

Era el sueño de cualquier moza de alta alcurnia y dieciséis años. Pero papá solo me dejaba

asistir por las tardes, y a eso de las nueve de la noche me tocaba encerrarme en la casita en la que nos hospedábamos los veranos.

No me importaba. Cenaba a toda prisa y me subía a mi habitación desde donde veía los fuegos artificiales y escuchaba a la orquesta.

Sin embargo, ese verano mamá convenció bien a papá y me regalaron una hora más. Una hora en la que podría bailar y pasarlo bien, pese a la sombra de mi hermano pululando cerca para espantar a cualquiera de los muchachos de buen ver que se me acercaban. Así era imposible dejarse cortejar, aunque tampoco me importaba.

Yo solo tenía ojos para un hombre en concreto.

—¡Ah, está ahí! —exclamó mi amiga, tirándome del brazo.

—¿Quién?

—Domenico, ¿quién si no?

Me miró enfurruñada, como era habitual en ella. Rosa se pasaba el día indignada con cualquier cosa, aunque lo aguantaba porque tenía otras muchas cualidades que me agradaban.

Oteé al objeto de sus deseos, que también era el mío. Pero no me atrevía a decírselo por temor a que me sacara los ojos. Era una chica de armas tomar, y no tenía ganas de soportar sus sermones, porque envidiosa era un rato largo, y yo no había nacido con el don de la paciencia.

El Gabbana era hermoso, toda la región lo sabía y suspiraba por él. Apenas era dos años mayor que nosotras, pero ya se movía como todo un hombre adulto bien gallardo.

A Rosa le fascinaban sus ojos, decía que parecían un mar que estaba dispuesta a navegar cada noche.

A mí me perdía su sonrisa traviesa y sincera y ese aire tan seductor que desprendía al caminar. También me encandilaban sus muslos prietos y ese precioso trasero respingón que tan bien le remarcaban aquellos pantalones color teja.

Era impresionante, puro erotismo. Él lo sabía, hacía un uso magnífico de su belleza. Pero nunca prestaba atención a sus pretendientas. Porque solo tenía ojos para buscarme entre la gente y, cuando me encontraba, me sonreía, y mi corazón brincaba como loco.

—Creo que voy a acercarme —anunció Rosa, retocándose el moño que se había hecho.

Ya habíamos discutido un rato antes porque mi sinceridad me había empujado a decirle que ese peinado le hacía parecer una mujer hastiada de la vida con medio pie en la tumba. Así que evité mirar el ridículo moñigo de pelo negro al que se había enganchado unas margaritas cuyos pétalos se habían ido cayendo con el paso de las horas.

—Me parece bien —resoplé antes de darle un sorbo a mi batido.

Miré de reojo a Domenico. Hablaba con varias muchachas. Y desvié la vista en cuanto él clavó la suya en la mía. Me costó horrores que no se me notara el rubor.

—Lo dices como si no tuviera oportunidad de llevármelo —protestó Rosa.

—¡Oh, claro que no!

Qué mal pensada era la muy puñetera.

—Te conozco, Ofelia, y sé que escondes a una víbora muy irónica bajo esa carita de angelito.

Me molestó mucho que me señalara con el dedo. Pero me molestó aún más ver que Carina, una conocida muy enemiga, acababa de ganar el premio del puesto del lanzamiento de aros. Aquel collar de perlas se había llevado toda mi paga, y ahora lo portaría aquella cenutria saltarina con voz de gallina afónica.

—Ves cosas donde no las hay, Rosa.

Domenico otra vez. Sus ojos ejercían un poder escalofriante sobre mí. Se había despedido de las muchachas y ahora charlaba con sus amigos mientras otras chicas lo rondaban. Como

siempre.

Agaché la cabeza y me recogí un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Te gusta, ¿verdad? —indagó mi amiga, y yo me puse muy nerviosa.

Tanto que las mejillas se me encendieron.

—¡¿Qué?! ¡No! —exclamé a la defensiva—. Por supuesto que no.

—¡Te has ruborizado! ¡Me lo quieres robar!

—Rosa, para de una vez, ¿quieres? —Estábamos llamando mucho la atención—. ¿Qué si me gusta? No voy a ahogarte en una de esas pilas para fugarme con él.

Señalé hacia el puesto de pesca de pececillos. Apenas tenían un metro de profundidad, pero me veía capaz de asfixiar a Rosa hasta en un charco. Y ella lo sabía, por eso me miró con los ojos entrecerrados.

—Yo lo haría.

—No hace falta que lo jures. —La empujé—. Vete de una vez.

De pronto, un joven se me acercó con una sonrisa. El chico no era muy agraciado, pero olía fenomenal y me encantaron sus modales. Me entregó un clavel blanco. Yo lo acepté y me hice la coqueta. El arte del cortejo era una cosa fascinante y me aceleraba el pulso.

Mi pretendiente se dispuso a hablar. Lo cierto es que si me hubiera pedido un baile, probablemente habría dicho que sí porque estaba sonando *Love in Portofino* de Dalila y adoraba esa canción. Pero no habría dejado de otear a Domenico y preguntarme cómo sería mecerme entre sus brazos.

—¡Eh, tú! —exclamó mi hermano al tiempo que chasqueaba los dedos.

El pobre chico lo miró asustado y yo puse los ojos en blanco. Ya estaba tardando en intervenir.

—Te quiero a veinte metros de ella como mínimo si no quieres un cambio de imagen exprés —le advirtió, logrando así que el muchacho saliera despavorido.

Y Albano continuó como si nada con su velada, que se centraba en la bonita rubia con la que llevaba coqueteando toda la semana. Lo que yo ignoraba esa noche era que años más tarde terminaría desposando a mi mejor peor amiga.

—¿Y qué le digo? —retomó Rosa, que por entonces apenas soportaba a mi hermano—. Quiero que me saque a bailar.

—Ofréceselo tú —resoplé.

Me fastidiaba reconocer que no me gustaba la idea de verla bailando mi canción con Domenico.

—¡Te está mirando a ti! —rezongó.

—Está mirando en esta dirección. No seas paranoica.

Nos aniquilamos con la mirada.

—Te odio muchísimo.

—A veces me asombra que sigamos siendo amigas —gruñí por lo bajo.

—Porque no quiero que te alíes a Carina. A ella la odio más.

—Eres una cretina, que lo sepas.

—Señoritas. —Otro pretendiente. Esta vez mucho más osado.

—¿Por qué demonios nos saludas a las dos si vienes a pedirle un baile a esta? —Se quejó Rosa.

—¡Eh, tú!

Menuda noche para el olvido.

## Domenico

—

Tres años. Probablemente un poco más.

Ese era el tiempo que llevaba enamorado de Ofelia, la preciosa hija de don Virgilio Borelli, el gran científico, fundador de uno de los laboratorios más importantes de Europa.

Mi fama de galán solo era fruto de los chismorreos de la gente. Quizá también de los momentos en que creía que mi devoción por Ofelia solo era una fiebre pasajera. Pero lo cierto fue que mis sentimientos crecían siempre que me cruzaba con ella.

Aquel verano, el de mis dieciocho años, ya había asumido que había perdido la cabeza por ella. Fue al verla aparecer, ataviada con un vestido blanco estampado de flores, que me di cuenta de lo mucho que me costaba respirar.

La falda se movía al son de sus caderas, ella caminaba con esa gracia digna de una soberana. Todos la miraban, encandilaba irremediablemente. Era presumida, un poco arrogante, atrevida, con una lengua muy afilada, y una belleza insuperable. Pero sus modales también ayudaban a conquistar. Su elocuencia, su ironía, su inteligencia y su ingenio hacían que me muriese por pasarme las horas hablando con ella.

Lo había experimentado en el pasado, pero no podía decir que fuéramos amigos. Más bien, éramos allegados dada la relación comercial entre nuestras familias.

Me había convertido en la burla de mis amigos porque el atrevido Gabbana había resultado ser un cobardica que no sabía cómo acercarse a su dama. Pero es que me noqueaba cuando me miraba entre la gente y sonreía toda tímida. Me nublaba cuando se recogía el cabello y el rubor invadía sus bonitas mejillas.

Tres años enamorado de ella.

Quizá más.

Y sabía que podría pasarme una vida entera amándola porque no intuía el fin de lo que crecía en mi interior.

—Subo a dos mil liras —dijo uno de mis amigos, y enseguida se le unieron los demás.

Al mirarlos, los descubrí echando mano a sus carteras. Con dos mil de las antiguas liras se podían hacer grandes cosas en mis tiempos de juventud. Quién iba a decir que después sería ridículo.

—Lo igualo —comentó otro.

—Vais a perder —se burló un tercero—. Como el año pasado.

—No tenéis vergüenza —farfullé divertido, y volví a mirar de reojo a Ofelia.

Se le había acercado un pretendiente, como era habitual, y apreté los puños. Pero su hermano jamás permitiría que nadie más que yo tuviera una oportunidad.

—Sácanos a todos de esta miseria e invítala a bailar.

En realidad ni siquiera yo entendía el porqué de tanta reserva. De acuerdo, su padre era un hombre de carácter férreo y odiaría ver a su hija en brazos de un Gabbana.

Nuestra fama por aquel entonces no distaba mucho de ser una banda de malhechores, cosa que no era cierta. Al menos no del todo.

Pero es que no todo el mundo había tenido la suerte de ser un lameculos de cualquiera de los gobiernos que mandara en la época.

Mi abuelo lo había perdido todo en la Gran Guerra. Tuvo que aprender a manejarse en tiempos muy complejos, y la ley seca de Norteamérica creo nuevas formas de hacer negocios. Así que el contrabando nos garantizó que tuviéramos un techo bajo el que cobijarnos y un plato de comida sobre la mesa, además de fuego con el que calentarnos.

Más tarde, la guerra llamó de nuevo a la puerta. Mussolini decidió ser un canalla e Italia volvió a caer en una crisis que duró varios lustros. No había forma de crecer si no ampliábamos las miras y cruzábamos los límites. Y, de acuerdo, quizá no era para estar orgulloso, pero mi apellido era sinónimo de supervivencia y eso no me lo iba a discutir un señorito de bien.

Los Gabbana aspirábamos a grandes cosas, nos estábamos ganando una gran reputación en Roma. Teníamos contactos muy influyentes, nosotros mismos empezábamos a serlo. Tanto que estaba convencido de que mi hermano Filippo llegaría al congreso nacional.

Mi generación alcanzaría la gloria por la que tanto había luchado recuperar mi abuelo y mi padre.

Pese a mi orgullo por mi familia, sabía que iba a ser un poco complicado ganarme el favor del padre de la mujer que amaba. Y era por eso por lo que me había reservado tanto.

Sin embargo, esa noche estaba dispuesto a correr el riesgo.

—De acuerdo, se acabó la espera —anuncié a mis amigos, que enseguida estallaron en vítores.

Me retoqué mi cabello, sacudí mi ropa. Debía estar impoluto. Tenía por objetivo un baile. Más tarde, quizá cogerla de la mano y caminar hacia su casa. Puede que un beso.

—Como sigas así te sacarás brillo —se burlaron.

—Cretino.

Di un paso.

Y me detuve.

Ofelia acababa de darle un manotazo a su amiga. Tiró su vaso al suelo y, a continuación, se encaramó a su espantoso moño. Rosa no se contuvo. Se enganchó a los cabellos de mi preciosa dama y, juntas, comenzaron a dar tumbos de un lado a otro mientras se gritaban obscenidades dignas de unos albañiles.

Al final, las separaron entre varios hombres, incluido Albano, que era mi aliado y no había dejado de animarme para que me acercara a su hermana. Por eso se interponía entre ella y cualquiera de sus pretendientes.

Observé fascinado, pero lamentando que la poca paciencia de mi enamorada hubiera interrumpido mi coraje.

—

Al día siguiente, Ofelia no salió.

—La han castigado —comentó su hermano.

—Maldita sea…

Tan frustrado me vio que me dio un toquecito en la barbilla con el puño para animarme.

—La ventana de su habitación da a la calle. La de mis padres está al otro lado. No te verán —sugirió, y yo fruncí el ceño.

—¿Estás animándome a colarme en su habitación?

—Si eso sucede te arrancaré esas pelotas que escondes bajo el pantalón, Gabbana. No tendrás descendencia, por lo que no seré tío. —El tipo sabía cómo amenazar y que pareciera una broma al mismo tiempo—. Pero tienes bastante puntería con las piedras según he visto en el puesto de Toto.

Cogí aire.

—¿Crees que querrá asomarse?

Se rio en mi cara.

—Tan listo para unas cosas y tan necio para otras. *Ciao¸*Gabbana.

Una hora más tarde, miré la ventana de Ofelia. Una luz tenue iluminaba la habitación. Apenas eran las once de la noche, y su casa de veraneo permanecía en silencio. Lo que significaba que sus padres o bien dormían o habían salido.

Me agaché a por unas piedrecillas. Reuní unas diez. No atiné hasta la tercera, y esperé a recibir respuesta, pero no sucedió nada. Continué insistiendo. Al quinto intento, Ofelia retiró las cortinas y abrió la ventana.

Al asomarse, su primera intención fue maldecir, pero al verme se contuvo y, pese a la distancia, pude ver cómo se ruborizaba.

Yo tragué saliva. Tenía el corazón disparado. No podía creer lo guapa que era.

—¿Vas a perderte los fuegos artificiales? —Me atreví a decir.

Era mejor tratar de mantener una conversación trivial que no le desvelara lo nervioso que me ponía hablar con ella.

—Papá me ha castigado —dijo tímida y coqueta.

—Eso me ha comentado tu hermano.

—Es un bocazas.

Sonreímos.

—Bueno, más bien, he tenido que usar mis dotes.

—¿Cuáles de todas ellas?

De acuerdo, esa pregunta me granjeó un escalofrío que amenazó seriamente con despertarme una erección. Noté cómo la tensión crecía en la parte baja de mi vientre. Si hubiera sido un poco más sinvergüenza habría escalado la fachada, me habría colado en su habitación y la habría devorado como un animal.

Sin embargo, aspiraba a convertirme en el esposo de esa señorita, así que no era buena idea ultrajar su espacio. Ni siquiera con pensamientos tan lascivos sobre la bonita perspectiva que tenía de su escote.

—No te hacía tan descarada —bromeé.

De pronto, se oyó un ruido. Alguien prendió una luz.

—Es mi padre… ¡Vete!

Me escondí entre los arbustos como alma que lleva el diablo. Y esperé y esperé. No sé cuánto. Pero se me hizo eterno hasta que oí el crujido de unos pasos.

—Domenico, ¿sigues ahí? —murmuró Ofelia.

Yo me asomé y la cogí de la mano para esconderla conmigo tras el arbusto. Prácticamente se sentó en mi regazo y me miró toda azorada mientras yo me obligaba a no otear su bonita boca.

—Me preguntaba si… te quedas conmigo a ver los fuegos —murmuré.

—No se ven bien desde aquí —cuchicheó.

—Me basta con el destello, y tu compañía.

Sonrió y se acomodó en su asiento, que eran mis piernas, y mi pulso casi parecía una nota invariable tan intensa como el suyo.

Comenzaron los fuegos artificiales. En efecto, solo vimos el resplandor de colores. Me dio igual. Toda mi atención estaba en el calor de Ofelia y en el aroma que desprendía su piel.

—Me gusta tu pijama.

Ella sonrió por lo bajo y se llevó las manos a la cara. La tensión la devoraba, sabía muy bien qué sentía, porque era lo mismo que padecía yo. Ese temblor adictivo en la boca del estómago,

ese atolondramiento tan dulce y cálido. Y me emocionó descubrir que Ofelia se había ido enamorando de mí al ritmo que yo caía por ella.

Qué necios habíamos sido.

—Si Rosa se entera de que estoy aquí contigo me matará —susurró.

Cometió el error de mirar mi boca. Solo un instante. Eso me llenó de ganas.

—No sé yo si esa amistad va a durar —sonreí.

—Oh, lo hará. Es mala como un demonio, pero se le olvidan muy rápido los berrinches y es leal hasta la médula.

—¿Incluso con el gancho que le has dado y los pelos que le has arrancado?

Se carcajeó y enseguida se tapó la boca para que no sonara su sonrisa.

—Me ha hecho acumular mucha tensión estos días.

Reuní el coraje para acariciar su mejilla.

—¿Y qué ha pasado? —quise saber.

—Que le gustan las cosas bonitas y cree que yo quiero robárselas.

Tragué saliva.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Jamás. Pero… ¿qué culpa tengo yo si coincido con ella?

Maldita sea, me estaba volviendo loco.

—Mañana es el último día del festival. A mí… —Apoyé mi frente en la suya—… me gustaría bailar contigo.

—Rosa me matará.

—¿Por qué?

—Porque diré que sí.

No pude evitarlo y toqué sus labios con los míos en un beso lleno de deseos e ilusiones. Un beso que ambicionaba devorarla hasta el amanecer, pero que prefirió ser elegante y mesurado.

Al alejarme, Ofelia me miró ojiplática y enrojecida hasta las orejas.

—¿Acabas de besarme?

—Para mí ha sido como el enésimo beso que te he dado.

De tantas veces que había soñado con hacerlo. Y esa verdad le provocó un escalofrío.

—No he dejado de imaginar tus labios desde hace mucho —admití, porque me había poseído una valentía impresionante y decidí aprovecharla.

—Sin embargo, me has tenido todo este tiempo conformándome con unas miradas a metros de distancia.

Froté su nariz con la mía.

—¿Crees que puedo ponerle solución?

—Rosa va a matarme —repitió mientras sus manos se enganchaban a mi camisa.

—Deja que yo me ocupe de protegerte.

—Tendré que confiar, Gabbana.

—Haces bien, mi reina.

Un beso más no nos haría daño.

## Ofelia

—

Al día siguiente, Rosa vino a mi casa tal y como suponía. Me estaba tomando un tazón de leche con galletas, mientras fantaseaba con los labios de Domenico Gabbana, cuando entró en la cocina como si no hubiera pasado nada entre las dos.

Me soltó una retahíla de gritos emocionados y palabras ininteligibles. Tenía el ojo un poco hinchado, pero seguía igual de mona que siempre e insistía en ese moño horrible.

—¿Vas a sacarte el pitido de la boca y a hablar de modo que pueda entenderte? —le pregunté tras más de diez minutos esperando a que se tranquilizara.

Al final, terminó desplomándose en la silla que había a mi lado, cogió una galleta, la mojó en mi tazón y se la metió en la boca.

—En cuanto tú faltas, todo sale genial —afirmó.

—Qué cosas tan bonitas me dices, amiga mía.

En realidad, nos echamos a reír como dos locas. Desde luego era una amistad de lo más extraña. Como hermanas que se odian pero se necesitan.

—Paulo y yo nos hemos besado —me cuchicheó.

—¿Qué Paulo, el pelirrojo?

Ni siquiera lo afirmó, lo dio por hecho.

—Cómo besa y cómo toca —canturreó—. Por Dios, Ofelia, parecía un martillo percutor.

Que Rosa era una soñadora y una exagerada era un hecho que tenía más que asumido. Pero aquella afirmación fue de lo más impactante, y la miré como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—Espera un momento, ¿os habéis acostado?

Sonrió.

—En el pajar de Pietro, sí.

Se me descolgó la mandíbula.

—¿Qué demonios…? ¡Pero si apenas lo conoces?

—Hemos quedado esta noche —suspiró enamorada.

—Creo que vas muy rápido.

—Lo dices porque estás celosa. No te lo tendré en cuenta, y te perdono por lo del otro día.

—Que amable de tu parte.

—Por cierto, Domenico no apareció ayer. —Cambio de tema radical, y otra galleta—. Paulo dice que es mal de amores y por eso no baila con ninguna chica. A saber qué pelandrusca le gusta, le tiene el seso sorbido. En realidad, me cuentan que lleva un tiempo perdidamente enamorado.

Tragué saliva con disimulo y traté de aparentar calma cuando lo cierto fue que el corazón se me subió a la garganta y amenazaba con salírseme por la boca.

—¿No dices nada? —insistió Rosa.

—¿Qué podría decir?

—Pues que, entre que tu hermano no deja que se te acerque ni Cristo y tú que eres de naturaleza bruta e impetuosa por excelencia, terminarás sola rodeada de gatos. Pocos son los que pueden aguantarte.

—Porque temen a una mujer fuerte. Pero lo prefiero a terminar despatarrada en un pajar.

—Te detesto.

—La realidad es que yo también.

Estallamos en carcajadas.

—

Esa misma noche sí me dejaron salir, y Rosa y yo llegamos a la plaza.

Juntas y cogiditas del brazo.

Yo ya era una chica coqueta de por sí, pero en esa ocasión escogí un vestidito rosa de mangas Bardot, cintura ceñida y falda acampanada que me quedaba de muerte. Y me hice un bonito semirrecogido que no permití tocar a Rosa.

Tan preciosa iba que enseguida me granjeé la atención de varios chicos. Pero solo me importaba uno de ellos.

Miré a Domenico de reojo, tan coqueta como siempre. No quería que Rosa sospechara, ni siquiera sabía cómo afrontar la discusión que, de seguro, íbamos a tener cuando descubriera todo el pastel. Aun no le había contado lo sucedido ni la declaración que el Gabbana me entregó. Tampoco le había dicho que vivía enamorada de él desde hacía más tiempo que ella.

—Me ha costado lo mío que deis el paso —me dijo al oído.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? —Ella me sonrió y alzó una ceja como queriendo decirme: «eres tan tonta»—. ¡¿Qué?!

No daba crédito.

—¿Quién te crees que sugirió a Albano que le diera un empujoncito al Gabbana y te quitara de en medio a todos los pretendientes que se te acercan, pelandrusca? —Cómo estaba gozando Rosa de tener el control absoluto de la situación—. Que, por cierto, eres una cretina desagradecida con ellos.

—¡Porque solo me gusta uno! —exclamé entre susurros—. Además, siempre he sido muy educada.

—Claro… Arrogante creída.

—¿Cómo eres tan retorcida? Me ayudas y me insultas al mismo tiempo.

—Soy tu mejor amiga y ni siquiera me has contado que estabas loca por sus huesos. —Señaló a Domenico, que nos observaba apoyado en la fuente de la plaza con una sonrisa traviesa en la boca—. Ni que os besasteis anoche.

Rosa se cruzó de brazos y alzo el mentón. Yo entrecerré los ojos. No podía entender que lleváramos toda una vida juntas y todavía no supiera cuánto medían sus tentáculos. Era una manipuladora excelente.

—¿Qué clase de demonio eres?

—Uno que nunca perdería la virginidad en un pajar, estúpida —dijo toda indignada.

—Malvada.

Se echó a reír.

—Me he pasado el verano intentando ponerte celosa y ni por esas. Anda ve, tonta. —Me empujó—. Yo invertiré mi tiempo en conquistar a tu hermano, ahora que no tiene que estar pendiente de ti.

Abrí los ojos como platos.

—¿Perdona? ¡Pero si lo odias!

—¿Nos imaginas de cuñadas? —me desafió.

—Qué desgracia.

—¡Ja!

## Domenico

—

Le ahorré a Ofelia el tedio que suponía esquivar a sus pretendientes acercándome a ella.

Iba preciosa esa noche. Parecía una estrella de cine clásico. Desprendía un magnetismo que atraía irremediablemente. Era la mujer más hermosa del lugar, y todo el mundo lo sabía. Por eso no dejaban de mirarla.

Pero esa joven solo tenía atención para mí, y sus mejillas se encendieron cuando me coloqué frente a ella. Ni en mil vidas tendría tanta suerte.

—Veo que sigues viva —sonreí, echándole un vistazo a Rosa por encima de su hombro.

—¿Tú lo sabías? —preguntó con ojos encandilados.

—Algo.

Clavó un dedo en mi pecho.

—De acuerdo, Gabbana, si has tenido valor para manejar toda esta situación. ¿Tendrás agallas a pedirme un baile?

—Llevo mucho tiempo esperando este momento, señorita. —Le ofrecí una mano—. ¿Me concedes el honor?

Sus dedos se deslizaron entre los míos y nos guie hacia el centro de la plaza antes de rodear su cintura y pegar su cuerpo al mío. Sabía que habíamos atraído la curiosidad de la gente y que casi todos nos miraban embelesados. No me habían visto bailar con ninguna dama en el pasado y mucho menos mirar a una chica como observaba a Ofelia.

Tan centrado estaba en sus preciosos ojos turquesa que me olvidé del mundo. Solo éramos ella y yo y esa canción de All Bowlly que evidenciaba todo lo que yo sentía por Ofelia.

—Cuando regresemos a Roma voy a pedirte que demos un paseo cogidos de la mano —le susurré al oído.

—¿Es tu forma de anunciarme que seamos novios?

—Tengo que ganarme a tu padre.

Compartimos una sonrisa cómplice.

—¿Habrá más besos? —preguntó, y mi corazón dio un brinco.

—Mi reina, pienso que podría darte cientos de ellos cada día de mi vida.

—¿Por qué no empiezas esta noche?

Eso hice. Solo un toque. Suave y elegante.

—Te va a costar mucho deshacerte de mí después de esto —le aseguré.

—Nunca creí que me lo dirías, Gabbana.

—

Había pasado más de cinco décadas desde ese momento. Y ahora bailábamos aquella canción de nuevo, abrazados como en aquella ocasión, conscientes de todo lo que habíamos compartido y del amor que aún ardía en nuestro interior.

Mi reina, mi vida.

# Proposición y Alacena

*Diego y Eric*

# ERIC

Más de un año de relación y no terminaba de asimilar que Diego Gabbana era mi novio. Quizá influía que era un ejemplar de hombre impresionante creado para atraer irremediablemente y que, siempre que aparecía ante mí, me observaba como si fuera a arrastrarme al mismísimo infierno. Lo cierto era que yo me dejaba más que orgulloso porque sabía qué tipo de locuras prometía esa mueca oscura, y me encantaba.

Esa noche en especial llevaba unos pantalones de color caqui que le dejaban los tobillos al descubierto, con una camisa blanca de lino que remarcaba a la perfección sus hombros y abrazaba sus brazos. Se había vestido bien porque me llevaba a cenar fuera. Había anunciado que tenía algo importante que decirme, pero yo solo podía pensar en la erección que no paraba de crecer entre mis piernas.

Diego conducía apoltronado en su asiento como si no fuera la sensualidad echa hombre y yo no estuviera muriéndome por montarlo. Supongo que para él era una postura corriente, y yo ya debería haberme acostumbrado. Pero había momentos en los que parecía toparme con la realidad y me sorprendía todo lo que ahora compartíamos.

Se reacomodó en su asiento. Las piernas entreabiertas. Los brazos flexionados, las manos en el volante, la vista al frente, esa mueca excitante en los labios y Alicia Keys sonando en el reproductor, avivando el fuego que empezaba a consumirme por dentro.

Diego no tenía ni idea de lo loco que me estaba volviendo. O quizá sí y por eso me miraba de reojo como diciéndome: «soy capaz de oler tu excitación y pienso jugar a llevarte al límite».

Solía hacerlo a menudo, eso de enloquecerme. Cuando veíamos una película y me metía mano sin dejar de prestar atención a la pantalla, como si no supiera qué estaba haciendo. O cuando yo estaba estudiando y se paseaba medio desnudo por su salón.

A veces quería matarlo. Otras, terminaba doblado sobre la mesa del comedor gritando de puro placer por sus embestidas.

Joder, se suponía que aquello era una cita. El propósito solo Diego lo sabía, pero era evidente que sería una noche especial. Lo que significaba que no podíamos adelantar el sexo a los postres.

Pero me dejé llevar, pese a que yo solía ser el más retraído de los dos.

—¿Cuándo vas a darme de comer, Gabbana? —comenté fingiendo que el corazón no iba a salírseme por la boca y mi erección no empezaba a estirarme los pantalones.

—Llegaremos enseguida —dijo como si nada.

Fruncí el ceño. Aquello era increíble. Diego Gabbana sin pillar las indirectas.

Me eché a reír, y él me miró aturdido.

—¿Qué pasa?

—Desde luego, el cortejo no es tu fuerte —sonreí.

Entonces, echó una mirada rápida a mi cuerpo.

—Oh…

Alcé una ceja. Él entrecerró los ojos.

—Te faltan luces —bromeé.

—Me ciegas.

—Para el coche de una vez.

Obedeció de inmediato y tomó el desvió hacia un carril sin asfaltar franqueado por árboles y

terrenos agrícolas. Supo escondernos bien, tanto que la luz de las farolas apenas iluminaba el interior del vehículo.

—¿Aquí? —preguntó antes de apagar el motor.

—¿Desde cuando eres tan tímido?

—Desde que tu prosa me toma la delantera.

Me lancé a su boca y él me acogió con el mismo fervor y la misma devoción de siempre. Como si su mundo empezara y terminara en mí.

Diego tenía una forma de amar adictiva.

—Oh, qué bonita es esta señal de tráfico —sonreí en su boca.

—Calla.

Más besos, más caricias. La energía aumentó, nos empujó a devorarnos como si hubiéramos estado meses sin hacerlo. Y me arrastré a su regazo para acomodarme a horcajadas sobre su notable dureza.

—Me encanta cuando te pones todo cariñoso —jadeé mientras recorría su mandíbula—. Se te encienden las mejillas y te brillan los ojos.

—Podría ser más cariñoso si me dejaras llevarte a mi casa.

—¿Y perdernos la magia de follar mientras evitamos tocar el claxon? Ni de coña.

—Niño travieso.

Me tocó. Apretó mi erección y me arrancó un ronco gemido. Cuánto me gustaba esa habilidad suya para darme todo lo que necesitaba. Leía mi cuerpo y lo colmaba de placer incluso estando a varios metros de distancia.

—Le he puesto tu nombre al protagonista de mi historia —comenté.

Su mano sobre mí, la mía sobre él. La ropa entre los dos. Queríamos más.

—Lo sé, espío tus escritos cuando no estás cerca.

—No esperaba menos de un Gabbana.

—Ese protagonista se parece peligrosamente a mi hermano.

—Cristianno es una fuente de inspiración.

Gruñó por lo bajo.

—Me costará horrores contener las ganas de follarte, pero todavía estoy a tiempo de parar. Se me ocurre que es un buen castigo.

—Bien —sonreí—. Me tocaré mientras tú conduces. Yo encontraré satisfacción y tú no. Y al final sucumbirás. Pero solo te dejaré tocarme después de la cena.

Se me escapó una carcajada al descubrir esa mirada frustrada que me dedicó.

—Empiezo a temer ese punto siniestro tuyo para manejarme.

Yo seguí como si nada y enterré mi boca en su cuello. Sabía que le encantaba que lo besara ahí.

—Diego se enamora de un chico al que encuentra de casualidad en un bar.

—Y ese chico se llama Enrico… —Me estrujó el trasero—. Lo cual me pone un poco nervioso.

—Es un buen nombre, no me lo niegues.

—Lo sería si fuera el amigo impertinente del protagonista y no su interés romántico.

De pronto, me devolvió a mi asiento y saltó al de atrás, todo con unos movimientos tan rápidos y felinos que no me dio tiempo a reaccionar. A continuación, tiró de mí y me arrastró consigo hasta tenderme sobre el cuero. Me desabrochó los pantalones y me los bajó, llevándose los zapatos por delante.

Sí, me dejó en cueros de cintura para abajo, pero no tardó en desvelar mi pecho y empezar

con un suave reguero de besos que guio hacia mi obligo mientras a mí me asaltaban los escalofríos.

Creía tener el sexo perfectamente controlado. Diego me había convertido en un amante bastante explorador y atrevido, lo habíamos experimentado todo juntos. Pero siempre me causaba la misma impresión tenerlo sobre mí o debajo o de lado. Daba igual. El simple hecho de saber que era mío me enloquecía.

Diego se me tragó entero. Me arrancó un pequeño grito. No esperaba el calor de su garganta tan de súbito. Me regaló unas pocas caricias y entonces deslizó un dedo hacia mi entrada. Toda mi concentración viajó al suave resquemor de su presencia abriéndose paso dentro de mí, y pronto alcanzó ese punto que hizo que una corriente de placer asfixiante me arqueara la espalda.

—Me encanta… —gemí—. Ah, sí, cariño… No pares.

Sabía que a Diego le volvía loco que le hablara así durante el sexo. Pero es que yo no podía evitarlo.

El Gabbana jugó conmigo hasta que sus dedos prepararon el camino y solo entonces se alzó sobre mí y capturó mi boca. Le devolví el beso mientras mis manos desabrochaban su pantalón con desesperación.

De pronto, se detuvo y me observó de un modo que no supe interpretar. Todo su cuerpo se congeló. El mío lo esperaba, temblaba de puro deseo. Pero había algo en los ojos de Diego que ardía entre los dos.

—¿Vas a… follarme? —jadeé.

—Es lo que quiero a todas horas, Eric.

Apoyó su frente en la mía y mis manos capturaron su rostro. Noté el cambio en su pulso. Su corazón se estrechaba fuerte contra el mío.

—¿Por qué lo dices como si no pudieras tenerme?

—Porque a veces me cuesta creer que me hayas elegido entre los miles de hombres que podrían hacerte feliz.

—Ninguno de ellos se llama Diego Gabbana ni es el gruñón que me robó el corazón mientras atendía mis dudas.

Tragó saliva. Se hizo pequeño. Y mis piernas se abrieron para él, dejé que su cintura se encajara entre mis muslos y acogí sus caderas sabiendo que su erección acariciaría la mía.

Esa vez fue Diego quien tembló.

—Si te dijera que te quiero mentiría. —Sus labios jugaron con los míos—. Esa expresión se queda muy corta para todo lo que tú me despiertas, maldito niño.

Sonreí al tiempo que el corazón parecía a punto de explotarme de felicidad.

—Nunca dejarás de llamarme así, ¿cierto?

—Siempre serás mi niño. Incluso cuando seas un viejo arrugado.

Lo besé. Por todos los dioses, cuánto adoraba a ese hombre.

# DIEGO

Después de una sesión de sexo intenso en la parte trasera de mi Aston Martin, nunca creí que me quedarían fuerzas para llegar al restaurante donde cenaríamos.

Pero, por misterioso que fuera, lo logramos, y el camarero nos recomendó el mejor vino de la carta, uno muy caro que Eric siquiera se molestó en saborear de tan sediento que estaba. Así que allí nos encontrábamos, en una preciosa mesa situada en el centro de aquella bonita terraza adornada con guirnaldas y decenas de plantas.

Me había encargado de reservar toda la zona para tener privacidad. Poco importaba que el salón interior estuviera abarrotado de gente. Nadie nos molestaría.

Lo pasábamos tan bien juntos. Teníamos una capacidad para hablar que a veces me asombraba. Y es que Eric tenía el don de arrastrarme a las conversaciones más absurdas y divertidas. Podíamos cambiar de debatir sobre los valores en bolsa a comentar si Los Simpson predecían de verdad el futuro.

Estaba locamente enamorado de él.

Tan loco que apenas resistía una hora sin robarle un beso.

Para cuando llegaron los postres, encontré el valor. Y dejé la cajita sobre la mesa.

—Sabes que no soy muy dado a las declaraciones grandilocuentes —dije.

Eric me miraba un poco aturdido y algo asfixiado.

—Me has soltado alguna que otra —trató de bromear, y yo sonreí.

—Cierto… Pero, en este caso, será mejor que la abras. —Señalé la cajita.

Él tragó saliva.

—Falta un mes para mi cumple.

—Niño, no me lo pongas más difícil.

—Es que estoy nervioso.

—¡Ábrelo!

No dudó. Me regaló una sonrisa fugaz y se lanzó a por la cajita. La abrió acelerado y torpe. Después, me miró, se levantó de la mesa y se fue al baño.

—

—Y eso es todo… —Terminé de contarle a mis compañeros.

El silencio que le siguió a mi explicación me dio tiempo para analizar cada una de sus reacciones.

Empecé por Enrico que mantenía el tipo con gran elegancia. Algo similar le sucedía a Valerio, que sostenía su cerveza y no sabía muy bien si llevársela a los labios, tal y como pretendía, o dejarla de nuevo sobre la mesa.

Thiago hacía malabarismos por contener la risa. Y su hermano… El puto Rollo Sartori no conocía la vergüenza, y se carcajeó a mi costa.

Habíamos ido a tomar algo en cuanto salimos de la comisaría, tal y como nos había exigido

Rollo al mediodía, porque tenía unos días libres en Roma y quería aprovecharlos como dios manda.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Enrico con ese talante suyo.

—Esperar.

—Como un gilipollas… —Rollo era tan sutil como un martillazo.

Entrecerré los ojos y lo fulminé con la mirada, y el gesto le provocó otra carcajada. En que maldita hora decidí yo contar nada a esos cretinos.

—Rollo, será mejor que hayas follado en las últimas veinticuatro horas porque pienso arrancarte las pelotas en cuanto tu hermano me deje espacio para salir. Será el único maldito recuerdo que te quedará de tus días de gloria.

Más risas, esta vez de todos. Incluso de la mía porque en realidad me encantaban aquellos momentos con ellos. Se habían convertido en una dinámica maravillosa. Y a veces me asombraba con lo chismosos que podíamos llegar a ser.

—Lo dice en serio —apuntó Thiago.

—Y por eso voy a cerrar el pico. No me gustaría perder mi preciosa polla.

A Rollo le importó una mierda que el bar estuviera lleno de gente, y esa vez si me descojoné pero bien al ver las caras de resignación de Valerio y Enrico.

—Esa bestia inmunda no tiene nada de preciosa —bromeé.

—Será mejor que pida otra ronda porque esto va para largo —añadió Enrico, señalando al camarero.

—¿Podemos recapitular? —protestó Valerio, todo risueño—. Quiero saber qué coño pasó.

—Pues que esperé —remarqué.

—Vale, ¿y después?

Todos se inclinaron hacia delante muy interesados. Me transportó a los días en que éramos unos críos contándonos batallitas. Si alguien nos endosaba la edad que teníamos tan solo era por los trajes. Aunque Rollo iba vestido con sus vaqueros y un jersey, esa barba bien cuidada y su melena recogida en un moño digno de un vikingo que dejaba entrever que era un hombre con todas las letras.

—Fui a buscarlo al baño. Llevaba más de veinte minutos allí encerrado.

Se echaron a reír. Pero fueron risitas elegantes y respetuosas, de esas que solo buscaban destensar el ambiente y quitarle hierro al hecho de que mi novio había escapado de mí.

—¿Ya está? —indagó Enrico—. ¿No le reclamaste una respuesta con esa calma tuya tan destacable?

—Bueno… No sé cómo sacar el tema. Quizá no sabe cómo decirme que es demasiado pronto.

# ERIC

Los chicos me observaban encandilados. Kathia incluso se había sentado en el suelo y se había cruzado de piernas mientras me miraba como un corderito degollado.

Estábamos en la piscina de la residencia de verano de los Gabbana en Castel Porziano aprovechando los últimos coletazos de un verano sofocante. Nos encantaba bañarnos de noche y estar hasta las tantas mirando el cielo.

Nos habíamos pasado la tarde haciendo el tonto jugando a Marco Polo y engullendo todo tipo de aperitivos. Pero no fue hasta que empezó a esconderse el sol en el horizonte que me decidí a contar lo que había sucedido la noche anterior.

—No me lo esperaba para nada —confesé—. De hecho, creía que se trataba de una cena como cualquier otra.

Empecé a pellizcarme los dedos y evité mirar a mis amigos. Sabía la estampa que me encontraría: todos a mi alrededor ataviados con sus bañadores y repartidos por las hamacas y las toallas que había sobre la hierba. Se nos habían unido Chiara y Ying mientras que Sarah charlaba con Florencia y el resto de las mujeres en el cenador.

—Se está ruborizando —dijo Daniela, que con la espalda tendida sobre el pecho de Alex se limaba las uñas como hacía siempre que se comentaban chismes suculentos.

—Porque… Honestamente, no dejaba de pensar en llegar a casa y…

Kathia dio una palmada y exclamó:

—¡Qué romántico!

—Habla claro —me exigió Mauro—, estabas pensando en su polla.

—¡Mauro! —gritaron las chicas mientras Alex se descojonaba.

—No se dice polla, querido, se dice pene —le corrigió Cristianno.

—Pene —repitió su primo y ambos se echaron a reír sabiendo que de Rossi y yo los seguiríamos.

—Anda que el otro lo arregla —resopló Kathia, que seguramente se le hacía un poco raro hablar de los genitales de su preciado cuñado.

La realidad era que Diego me había dado la llave de su *penthouse*. No era nada extraño, salvo por el llavero de una runa. Uno igual que el suyo. Entendí la indirecta. Me estaba pidiendo que ya no se conformaba con pasar tiempo allí, lo que él quería era vivir conmigo. Siempre.

Una proposición de lo más inesperada. Por bien que fuera nuestra relación, nunca me había planteado que Diego quisiera el lote completo y para ello debíamos empezar por crear un hogar para los dos.

—Es algo muy… Joder, jamás imaginé que se atrevería —suspiré, y miré al cielo porque me sentía loco de amor.

—Pues lo hizo —exclamó Chiara—. Tal y como le sugirieron que lo hiciera.

Fruncí el ceño como los demás y miramos a la Gabbana, aturdidos.

—¿Cómo? —pregunté.

Ella se inclinó hacia delante y adoptó esa mueca suya tan traviesa que tanto me recordaba a su hermano Mauro.

—Lo comentó en casa. Bueno, se lo dijo a mis tíos y a mis abuelos y también a mi madre, yo solo pasaba por allí.

—Di mejor que te encanta un buen cotilleo —intervino Giovanna.

—Eso también.

Nos echamos a reír.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Ying.

—¿Qué hice? —No tenía ni idea de a qué se refería.

—Sí, ¿qué le dijiste después de la proposición?

—¡Oh!

De pronto, fui consciente.

—

Tropecé contra la puerta y mi empeño por no terminar partiéndome los dientes contra el suelo me hizo entrar en el baño dando traspiés. Por suerte, me libré, y me apoyé en la madera antes de ponerme a dar saltitos de pura emoción. No chillé a todo pulmón, tal y como quería, pero si proferí pequeños gritos.

Al menos hasta que advertí que no estaba solo. Dos hombres terminaban de lavarse las manos y me miraron como si fuera un bicho raro. Me disculpé con una sonrisa y esperé a que se marcharan para repetir el mismo gesto.

No podía creérmelo. El hombre de mis sueños acababa de proponerme irnos a vivir juntos. Ahora compartiríamos dirección como una pareja casi conyugal. Era como un maldito sueño del que no quería despertar.

Me acerqué al lavabo, abrí el grifo y me enjuagué la cara. Tenía el corazón latiéndome en la lengua, el pulso me atronaba los oídos. Aquello había sido tan intenso y placentero como el orgasmo que habíamos compartido en el coche.

Me miré en el espejo. Yo, Eric Albori, un crío a punto de cumplir los diecinueve, que estudiaba una doble licenciatura de comunicación y filología, iba a vivir con el hombre más increíble de toda Roma. Que digo Roma, todo el país. No, todo el planeta.

Para cuando abandoné el baño, encontré a Diego esperándome junto a la puerta. Todavía me costaba respirar. Pero me alisé la camisa y le regalé una preciosa sonrisa.

—Guau, en fin… ¿Nos vamos? —dije.

Iba a echarle el polvo más espectacular de toda su vida.

—

—Y ya está… —terminé de explicar.

Todos me observaban algo confundidos y boquiabiertos.

Daniela carraspeó, señal de que iba a costarle mucho ser elegante.

—Eric, cariño mío, ¿en algún momento se te pasó por esa preciosa cabecita tuya darle una respuesta?

Mierda.

El corazón se me cayó a los pies al tiempo que los chicos estallaban en carcajadas.

—Me cago en la puta…

Me llevé las manos a la cara y la froté. Claro, por eso me miró de ese modo en el restaurante, como si una zanja se hubiera abierto en el suelo y amenazara con tragárselo entero.

—Debería hablar con él, ¿verdad?

—¿Tú que crees? —Esa voz…

Sobresaltado, miré hacia atrás y descubrí al Gabbana cruzado de brazos. Mientras tanto, sus amigos saludaban a la familia sin dejar de prestar atención. No querían perderse detalle, como era el caso de los míos, que nos observaban como si fuera un partido de tenis.

—¡Diego! —exclamé.

—¿Hablando de nuestras intimidades?

—¿Acaso tú no lo has hecho? —Le sonreí.

—¡Lo ha hecho! —exclamó Rollo a lo lejos—. ¡Te ha puesto a parir!

—Miente como un condenado —aclaró Diego.

Y a mí me dio por reír mientras él observaba mi boca con un brillo especial en los ojos. Me acerqué, lo cogí de la mano y lo arrastré hacia la casa.

Necesitaba intimidad para darle una respuesta en condiciones.

# DIEGO

—¿Por qué me encierras en la alacena? —pregunté en cuanto me estampó contra la pared tras haber cerrado la puerta.

La oscuridad nos rodeó. La única luz provenía de los últimos destellos de sol del día, que me facilitaron una panorámica preciosa de su rostro salpicado de sombras.

—No lo sé, los nervios —sonrió.

Sus manos sobre mi pecho, las mías en sus caderas. Su corazón que latía a toda prisa, y el mío que cayó un poco más presa del encanto de ese niño.

—¿Y bien, vas a darme una respuesta?

—Lo había dado por hecho. —Su sinceridad me hizo reír.

Le di un besito en la punta de la nariz y otro en la frente.

—Me has tenido todo el día devanándome los sesos —me sinceré.

—¿Por eso no me has escrito?

—No sabía cómo encararte.

Me acarició la mejilla.

—Me pareces tan tierno cuando te pones nervioso.

—No me gusta ese descaro que estás echando.

—Mentiroso.

—Ven aquí. —Lo apreté contra mí—. Quiero hacerte cosas de mayores —susurré en su boca.

Eric se enroscó a mi cuello y apoyó sus labios en los míos.

—¿Vas a decirme cochinadas al oído?

—Es probable.

—Di que sí, tigre. —Simuló un rugido animal antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Teniendo en cuenta que aquel espacio era de lo más reducido para follar, me las vi para bajarle las bermudas, darle la vuelta y meterle mano. Pero el modo en que Eric se expuso me encendió tanto que no me importó embestirlo mientras sostenía una de las estanterías para que no se nos viniera encima.

—Quiero tortitas para desayunar cada día —gimió.

Había clavado una mano en mi trasero y me instaba a moverme con más premura. Se la di porque además no pude evitarlo.

—Hablaremos después de la dieta. No puedes pasarte la vida alimentándote de dulces.

—Y mamadas en la ducha.

—Bueno, a eso no te diré que no —jadeé.

Tuve que besarlo para que el clímax no nos arrancara un grito que alarmara a todos. Y para cuando terminamos, nos despatarramos como pudimos en el suelo, con el aliento desesperado y el corazón latiendo histérico.

Pero lo más hermoso de todo eran los arrumacos que Eric buscaba siempre que terminábamos de hacer el amor.

—¿Qué haremos con este desastre? —preguntó, acariciando mi pecho con la punta de un dedo.

—Limpiarlo antes de que Antonella me cuelgue por las pelotas.

Nos reímos, y nos miramos a los ojos.
—No puedo creer que vaya a despertar contigo cada día —me dijo bajito.
Y yo lo besé con devoción porque adoraba a ese chico.

# Viaje y Reencuentro

*Enrico y Sarah*

# ENRICO

Sarah hablaba muy poco de la tierra que la había visto nacer. Grecia era como un tema vetado, una palabra casi maldita, y con toda la razón. Había demasiado dolor oculto en esas seis letras. Traumas que eran mejor contener.

Pero, a veces, cuando nos zambullíamos de lleno en alguna conversación nostálgica, sentados en el sofá mientras compartíamos una copa de vino a altas horas de la madrugada, solía mencionar destellos de algunos buenos momentos. Como la musaka que cocinaba su abuela, las tardes de costura con las vecinas —cuyo objetivo era lograr un poco de dinero extra— o lo contagiosa que era la sonrisa de Abigail cuando la naturaleza bromista y traviesa de su nieta salía a flote.

Yo me quedaba embobado escuchándola hablar sobre cómo eran sus días junto a esa mujer, que se sacrificó hasta el último aliento por ella. Sin embargo, Sarah nunca le sonreía a sus recuerdos. Estaban teñidos de sangre.

Yo la abrazaba y le susurraba al oído que mis brazos tenían la fuerza suficiente para sostener sus lágrimas si algún día decidía verterlas por su pasado. Ella respondía mirándome con ojos enrojecidos y brillantes. Se hacía pequeña, y se escondía en mi pecho.

Podía reconocer a un introvertido con un solo vistazo, y luego estaba Sarah, que no necesitaba mencionar nada para que todo quedara dicho. Pero había ocasiones en que su introversión me hería, aunque supiera que mi pasado era casi tan complejo como el suyo.

Entonces la besaba y me decantaba por ser un crío para que ella también lo fuera, y así olvidar que la madurez nos llegó demasiado pronto. Y a más tiempo pasaba a su lado más descubría que Sarah era como una cura para el alma, el gran amor con el que había sido bendecido, y que yo había logrado ser lo mismo para ella.

—Me miras… —murmuré en una ocasión, uno de los primeros días en que amanecíamos juntos, sin más pretensión que ser nosotros mismos.

—Porque hacerlo me alivia —susurró.

Seguramente ignoraba lo preciosa que estaba con el cabello enmarcando su cara y las mejillas ruborizadas.

Habían pasado varios meses desde entonces, y me fascinaba saber que lo primero que vería al despertar serían las pupilas de Sarah calentándome el corazón.

—

La noche en que me decidí, nuestro hijo dormía en mi regazo y Sarah se había cobijado en mi pecho mientras prestaba atención a la que era una de sus películas favoritas, *Un largo domingo de noviazgo*.

Había estado observando fascinado el precioso brillo que asomaba en sus ojos cada vez que Mathilde ponía a prueba su intuición. Esos eran los detalles que me encandilaban de ella, lo mucho que disfrutaba de aquellos momentos.

—Quizá no viene a cuento, pero… ¿te apetecería pasar unos días fuera de la ciudad? —pregunté mientras le acariciaba el pelo.

—Dónde —runruneó.

—Bueno, te he oído mencionar Corfú alguna que otra vez…

Me miró curiosa e intimidada. Le gustaba la idea, lo intuí por sus pupilas. Era quizá un poco inesperado, pero entendió que había llegado el momento de ir cerrando heridas.

Habíamos construido una vida maravillosa en el último año. Éramos padres de un gamberro precioso a punto de cumplir seis meses de vida. Sarah estaba enfrascada en sus estudios, la familia se recuperaba. Todo funcionaba como siempre habíamos deseado. Incluso el traslado a la renombrada mansión Materazzi había supuesto un cambio estupendo.

Nos encontrábamos en un periodo de armonía como pocos habíamos tenido.

—Corfú… —suspiró—. Esa isla te robará el corazón.

No imaginé en ese instante cuánta razón escondían sus palabras.

—

Corfú era una isla pequeña, amable y sin mucha ostentación. Lo que me cautivó de esa tierra fue el sosiego que se respiraba, la calidad de sus gentes, que defendían un estilo de vida sin pretensiones ni prisas. Allí no se intentaba demostrar nada ni aparentar lo que no se era.

Nos habíamos instalado en una casita encantadora cerca del palacio de Mon Repos, a unos pocos metros del mar. Y lo primero que hizo Sarah al despedirnos de nuestro arrendador fue besarme como si hubiera estado semanas sin hacerlo.

No me contuve en darle una respuesta a la altura. La devoré con voracidad mientras nos desnudábamos dando tumbos de un lado a otro. Y perdí la cuenta de los besos y las caricias que nos dimos después de la tercera vez que hicimos el amor.

—

Al despertar no encontré sus ojos. Sarah ni siquiera estaba en la cama.

Descubrí su silueta envuelta en una bata de raso blanco frente a los ventanales. Los primeros destellos del alba recortaban su magnífica figura y disfruté un instante de aquella visión. A veces necesitaba recordarme que sí, que esa mujer era mi compañera.

Aparté las sábanas y me puse en pie. Todavía sentía los estragos del maratón de sexo que habíamos disfrutado. Me sentía tan agotado como emocionado por volver a repetir.

Acaricié con suavidad su espalda antes de rodear su cintura desde atrás. Sarah suspiró de puro placer, se aferró a mis brazos y terminó apoyando su cabeza en mi hombro.

—Podría escucharte pensar a kilómetros de aquí —dije bajito antes de besar su clavícula.

Noté el cambio en su pulso. Fue tan sutil que a punto estuvo de confundirse con el mío.

—Pensaba en… mi abuela —admitió.

En el fondo, no podíamos disimular entre nosotros.

—Lo suponía. Este es el lugar donde creció.

Lo dije sintiendo cierto pesar en la boca del estómago. Lo que yo había querido con aquella

escapada a Corfú era facilitarle a Sarah el proceso de hacer las paces con su pasado. Borrar ese maldito inciso de cuatro años en los que había dejado de ser ella, y que el día en que sopló las velas de sus dieciséis no la atormentara tan a menudo.

No había prisa, no tenía por qué levantarse un día y decir: «¡Lo he olvidado todo, ya no duele!». Continuaría hiriendo, sabía bien de lo que hablaba. Pero ya no sería una mortificante carga que amenazara con sobresalir en cualquier momento.

El porqué de la insistencia de sus traumas en nuestra actualidad tenía todo el sentido del mundo. Sarah nunca había creído que terminaría compartiendo la vida junto a un compañero que se enamoraba más y más de ella a diario, ni que tendría una familia y un hijo tan maravillosos.

Nunca creyó que podría vivir libre, segura y feliz, tal y como su abuela siempre había deseado. Y ese viaje también pretendía eso, mostrarle a Abigail Zaimis que lo había logrado, que sus esfuerzos habían conseguido que su nieta fuera todo lo que ella esperaba.

Era un mensaje tranquilizador, una ofrenda para que lograra el descanso tan merecido.

Sarah se giró sin deshacer el contacto y me miró a los ojos. Sabía muy bien el significado que escondían aquellos días en Corfú.

—En realidad, me has hecho muy feliz trayéndome aquí. Es como si me hubiera reencontrado con una parte de ella.

Acaricié su cara y buceé en aquella preciosa mirada gris.

—Siempre me decía que algún día me traería —recordó—. Y nos zambulliríamos en las aguas del Jónico. Le encantaba el mar.

Besé la punta de su nariz y la cogí de la mano.

—Ven aquí.

Salimos al jardín. Las estrellas seguían siendo las protagonistas, pero en el horizonte ya despuntaban los primeros rayos de luz anaranjada. El sol estaba a punto de asomar.

—¿No vas a tener la amabilidad de ocultarle al mundo lo que se pierde? —bromeó Sarah siguiendo mis pasos de cerca.

Su sonrisilla activó mi vena traviesa.

—¿Qué persona cuerda en el paraíso tiene ganas de madrugar para verme desnudo?

—Yo.

Me detuvo en la orilla de la playa y me giré a darle un beso.

—Entonces, estás tan loca por mí como yo por ti —susurré en su boca mientras mis manos deshacían el nudo del cinturón de su bata.

—No vas a meterme en el agua a las cinco de la madrugada, Materazzi —anunció ella.

La tela cayó en la arena.

—Oh, y tanto que sí, Zaimis.

Ahogó una exclamación cuando la levanté del suelo y me la colgué al hombro antes de meternos en el agua. Estaba fría de narices y eso me hizo maldecir por lo bajo, pero ya era demasiado tarde para echarnos atrás, y las carcajadas de Sarah no tardaron en contagiarme.

Nos zambullimos. Por completo. Pudimos incluso mirarnos a los ojos debajo del agua, a pesar del escozor. Y al emerger, Sarah se colgó de mis hombros y enroscó sus piernas a mi cintura.

Me fascinaba cuando me observaba de aquel modo tan dulce y pueril y divertida.

—Quizá esta no era la idea que tenía tu abuela —jadeé—. Pero nos estamos zambullendo en el Jónico, y me están entrando unas ganas locas de tumbarte en la arena y hacerte el amor.

—Me parece bien —sonrió frotando mi nariz con la suya—. Solo estaba esperando a que recuperaras las fuerzas.

—Pues las noto.

—Yo también.

Salí del agua con ella entre mis brazos y la tendí en la arena, asegurándome de dejar bien encajadas mis caderas entre sus piernas.

—¿Algún día me dejarás oírte decir te amo en griego? —susurré a la par que una de mis manos resbalaba por su pecho.

—Puede.

Nos olvidamos del mundo mientras yacíamos como dementes en aquella playa privada.

—

A Sarah le encantaba estudiar en la cocina. Desconocía por qué, teniendo una biblioteca de dos plantas y dos despachos casi tan grandes como el comedor principal.

Pero allí estaba cada día, con la mesa llena de libros y libretas, su portátil y decenas de útiles de papelería como bolígrafos, marcadores, pósits, etc.

Lo cierto era que me gustaba mucho su sencillez, y el bonito moño que se hacía con el mismo lápiz que más tarde se volvía loca buscando.

Esa mañana en concreto había estado con Kathia resolviendo unas dudas sobre química. Sarah se estaba empleando a fondo para el examen de acceso a la universidad y aprovechaba cualquier momento para dejarse guiar por su cuñada, que invertía todo su tiempo libre en ayudarla.

En cuanto mi hermana se fue a clase, me acerqué a servirme un café y me apoyé en la encimera a observarla. Sarah no hizo el amago de mirarme. Estaba muy acostumbrada a esa manía mía de contemplarla embobado.

Pero me notó extraño, y acertaba al sospechar.

—¿Qué estás rumiando, Materazzi? —preguntó.

—¿Yo? Nada —disimulé—. Me estoy tomando un café.

Se echó a reír y cruzó los brazos sobre la mesa.

—Quizá es pronto para decir esto, pero te conozco como a la palma de mi mano. ¿Qué escondes? Y no me digas que estoy preciosa con estas pintas.

Se señaló. Llevaba una camiseta tan grande que casi parecía un camisón, estampada con una cabeza de koala, y unos pantaloncitos cortos de pijama que dejaban a la vista sus seductores muslos.

Dejé el café en la encimera y me acerqué a ella. No, me acerqué a su boca con la mía tras haberle pellizcado la barbilla para inclinar su cabeza hacia atrás.

—Estás preciosa con esas pintas —murmuré.

—Desde luego el amor es ciego —sonrió ella, y se dejó besar.

Pero me supo contener a tiempo de subirla a la mesa y hacerle el amor sobre sus apuntes.

—¿Podrías reservar la tarde para mí? —le pedí—. En realidad, tengo una sorpresa.

Ella entrecerró los ojos y torció el gesto.

—¿Has sobornado al director de San Angelo para que me dé un aprobado que me asegure una plaza en la facultad de psicología de La Sapienza?

Se fiaba a medias de mí.

—No me lo digas, Cristianno lo ha sugerido, ¿cierto?

—Ha sido uno de ellos, sí.

Se me escapó una carcajada.

—Podría convencerlo con un viaje a Islas Mauricio, pero después me castigarías sin tocarte una semana —desvelé.

—Oh, una semana, qué desgracia más grande.

—Me cuesta hasta diez minutos, imagínate el calvario.

Nunca diría una verdad tan exacta. Sarah me encendía a todas horas, era un hecho. Jamás en mi vida había tenido la mente tan llena de sexo.

—Un regalo, ¿eh? —dijo toda coqueta.

—Una sorpresa —la corregí.

—De acuerdo.

La besé de nuevo y me dispuse a salir de la cocina.

—Ah, ponte algo verde. Y no preguntes.

Salí de allí.

—¿Cómo me dejas con la incertidumbre? —la escuché decir de fondo.

—¡Te quiero!

—

Sarah desconocía que me había pasado meses buscando a su abuela.

Meses de detectives, conversaciones con el embajador italiano en Grecia, burocracia y frustraciones para lograr un propósito que tenía por objetivo reunirla con su adorada Abigail.

Al fin la había encontrado.

Mis dudas sobre si su cuerpo había sido incinerado o si se había perdido en una fosa común desaparecieron.

Había sido enterrada en un cementerio de Kallithea, a unos kilómetros de Atenas. Su tumba apenas tenía su nombre, sin apellidos, y las fechas de su nacimiento y su muerte. Nos había costado tanto dar con sus restos porque los trámites de su entierro estaban a nombre de una vecina.

Pavlina Kontos había sido amiga muy cercana de la mujer y fue quien encontró su cadáver la misma noche en que Sarah fue secuestrada. La anciana, que había fallecido hacía unos meses, fue la única persona que se interesó por denunciar el suceso a la policía. Se mantuvo férrea en su empeño por encontrar a mi compañera. Pero yo había leído los informes y fue lamentable descubrir la poca atención que recibió.

Solo eran gentes de un barrio pobre de Atenas, no parecían merecer un trato tan digno como los demás. Y la pobre Pavlina abandonó esta vida sin resolver quién había sido el bastardo que mató a su amiga y se llevó a la joven.

Había hecho un viaje relámpago a la capital griega. Presenté mis respetos a la señora, resolví la burocracia pertinente para el traslado del féretro de Abigail Zaimis y regresé a Roma. Todo en apenas un día para no levantar sospechas.

Y podría haberle dicho a Sarah lo que pretendía, quizá su ayuda habría facilitado la búsqueda. Pero no quise darle falsas esperanzas como las que yo había tenido que soportar cuando parecía que dábamos con Abigail y resultaba ser un fiasco.

Ahora debía estar orgulloso, y se me notaba, no podía disimularlo. Sarah me miraba de reojo

mientras yo conducía y sonreía. Estaba conteniendo las ganas de interrogarme. Le podía la curiosidad.

Sin embargo, toda emoción se congeló al ver que yo tomaba el desvió hacia el interior del cementerio.

Unos minutos más tarde, detuve el vehículo en el paseo, a unas calles del panteón Gabbana. Nos bajamos y empezamos a caminar. Tenía los dedos agarrotados cuando enredé los míos a los suyos.

—¿Qué sorpresa podrías darme en un cementerio, Enrico? —dijo algo consternada.

El sol de la tarde se colaba por entre la copa de los árboles y salpicaba de destellos el camino. Se respiraba un aroma a pinos y a abetos y a flores, y el silencio era casi tan amable como la brisa fresca que nos rodeaba.

—¿Recuerdas el color favorito de tu abuela? —pregunté, y la miré.

Ella ya lo estaba haciendo de antes. Pero echó un rápido vistazo a su indumentaria.

—El verde… —suspiró.

Verde como su precioso vestido.

Sonreí con suavidad.

—¿Y qué flores le gustaban?

—Los tulipanes amarillos.

Estaba tan aturdida que había empezado a respirar un poco más acelerada.

Dejó de hacerlo cuando vio a toda nuestra familia en el panteón. Habían asistido tantos invitados que muchos habían tenido que esperar fuera.

—¿Qué…?

Sarah se detuvo. Analizó la expresión de cada uno en busca de alguna señal de tristeza. No la encontró. Allí solo había solemnidad y amor. Y pronto las lágrimas comenzaron a empañar su mirada. Sobre todo al ver a Graciella portando un ramo de tulipanes amarillos.

Se lo entregó y le dio un beso en la mejilla antes de invitarla a reanudar su camino hacia el panteón. Se aferró a mi brazo, algo de ella sospechaba qué iba a encontrar.

Silvano y Graciella se encargaron de reservar un espacio en el panteón Gabbana, reunieron a toda la familia y a nuestros allegados y se encargaron de organizar una ceremonia digna, en la que Sarah pudiera despedir a su abuela como siempre había querido.

Allí estaba su féretro, rodeado de más flores y mensajes que cada invitado le había dedicado. Los rayos de sol incidiendo en las cristaleras y salpicando el altar de infinidad de colores.

Su abuela al fin descansaría en un lugar que Sarah podría visitar cuando lo deseara, con la certeza de que estaría bien, de que formaría parte de un todo eterno.

El obispo ofició una preciosa ceremonia. Cada invitado ofreció un pésame que supo más a halago, y Sarah lloró con una sonrisa tan triste como orgullosa. Pensó que su abuela se había perdido una vida preciosa, pero que, de algún modo, ahora también la tendría.

Una hora después, cuando el panteón se vació y nos quedamos a solas en la apacibilidad de aquel rincón del mundo, Sarah se acercó a su abuela y acarició su nombre en la piedra antes de mirarme.

—S’agapó —me dijo, pellizcándome el corazón—. Sé que lo sabes desde hace mucho. Y que solo buscabas oírmelo decir en mi idioma nativo porque nunca me he atrevido a usarlo desde que te conocí.

Me acerqué a ella y cogí sus manos.

—Si soy tan transparente ya no podré sorprenderte —bromeé, pero ella no sonrió. Sino que siguió mirándome como si fuera todo su universo.

—Tu mera existencia me sorprende. La vida que me has regalado es una sorpresa.

—No te mereces menos, mi amor —susurré apoyando mi frente en la suya.

—Podría decirte cuánto te amo en mil idiomas.

—Me basta con un beso, aquí, delante de tu abuela.

Eso hizo con un amor y una devoción que me robó el aliento.

Después acarició mi rostro.

—Ella te vio venir. Te trajo hasta mí… —suspiró.

—Y esta es mi respuesta: traerla a ella de vuelta al lugar que merece, contigo. Y conmigo.

Ese beso que nos dimos fue como un nuevo comienzo, un veredicto irrefutable de que dedicaría toda mi vida a esa extraordinaria mujer.

# Pasado y Presente

*Cristianno y Kathia*

# CRISTIANNO

En cuánto el reloj marcó medianoche, el millar de invitados reunidos en los jardines de la mansión Carusso estalló en vítores.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritaban, y pronto empezó a caer una lluvia de confeti dorado que lo inundó todo de destellos.

La gente saltaba y reía y se abrazaban como si no se hubieran visto en mucho tiempo, como si no existiera nada más que ese preciso instante en que despedíamos una época para empezar otra con la promesa de mejorar.

Yo sonreí, también exclamé, pero, por un instante, me quedé muy quieto.

Se me taponaron los oídos, el corazón comenzó a latirme precipitado, me produjo un vacío muy aturdidor. Las ocasiones en que eso sucedía tenían que ver con mi instinto. Y lo cierto era que no había nada que explicara por qué intuía algo tan abrumador.

Todo parecía sucederse a cámara lenta, era como si estuviera atrapado entre dos dimensiones: la real, la que albergaba a mi familia, a mis amigos, a nuestros aliados y allegados, brincando de pura alegría y emoción, sin más pretensiones que disfrutar de la bonita madrugada que se abría paso; y la quimérica, esa que me dejaba en medio de todo el gentío, observando mi alrededor como si lo único que estuviera allí fuera mi cuerpo y no mi mente.

Respiré. Escuchaba a la perfección mi pulso. Me escuchaba a mí tomando oxígeno y exhalándolo. Y cerré los ojos.

Ignoro por qué mi mente dibujó la silueta de una cría corriendo por la playa.

Conocía esa playa, me acordaba de aquella tarde y como el sol incidía en la bonita melena de aquella niña. Recordaba que yo estaba allí y que la perseguía porque quería cubrirla de arena. Ella huía, yo corría. De eso iba el juego.

Pero cuando esa cría se daba la vuelta para mirarme su rostro desaparecía, y me pregunté por qué demonios pensaba en algo tan remoto y lejano. Algo que pasó hacía tanto y apenas vislumbraba por completo.

Me hormiguearon los labios. Los acaricié y los lamí. Sentí como que algo se había apoyado en ellos, y la imagen en mi mente se hizo más poderosa. Esa niña creció, y yo ahora era incapaz de reconocerla. Solo me vi reflejado en sus pupilas plateadas. Seguía sin ver su rostro, pero me reconocía a mí, atrapado en sus ojos. Unos ojos que me negué a recordar, que habían madurado, que ya no me observaban con infantilismos.

Eran los ojos de una mujer.

La mujer que me robó el corazón, se lo llevó con ella y no me lo devolvería jamás.

No quise mencionar su nombre. Por aquella época hacía mucho que lo había enterrado en lo más profundo de mi mente.

No quise mencionar su nombre porque hacerlo me empujaría de lleno a un territorio desconocido y demasiado peligroso. Y era atrevido, pero no sabía si estaba preparado para soportar la tormenta que me devoraría.

Un empujón me extrajo de mis pensamientos. Había tanta gente a mi alrededor que apenas podía moverme. Fueron los brazos de mi madre los que me capturaron.

Me aferré a ella con una sonrisa y la llené de besos antes de que mis hermanos nos sepultaran y comenzaran a zarandearnos. Diego incluso me mordió una oreja.

—¡Me estáis aplastando, cabrones! —exclamé mientras mi madre se reía a carcajadas.

Miré a mi alrededor como pude y me di cuenta de que se nos habían unido papá, los abuelos y mis primos al abrazo y conformamos una piña de más de quince personas en la que hasta Enrico terminó atrapado.

Me encantaban esas fiestas. Me encantaba que todos nos divirtiéramos como si fuéramos adolescentes desabridos. Yo lo era, Mauro y mis amigos también. Pero en esas ocasiones hasta papá se comportaba como si fuera un muchacho más.

Me dejé besuquear por todos. Pero me deshice en el contacto de mi tío Fabio, que me pellizcó las mejillas como cuando era un bebé.

—Mi muchacho… —susurró con afecto antes de abrazarme.

Sencillamente, le adoraba. Y retuve todo lo que pude su contacto hasta que Mauro se lanzó a por él y me lo arrebató. Me eché a reír al ver cómo mi primo se colgaba de su espalda y lo besuqueaba en la coronilla.

—Baja de ahí, pesas como un demonio.

—Puro músculo, tío.

—Y travesura, de eso te sobra —bromeó antes de cogerlo y frotar sus nudillos en la cabeza de Mauro.

Me encantaba observarlos, había algo mágico entre los dos, una conexión extraña que crecía cuando se miraban como lo hicieron en ese instante. Mauro con un amor infinito, Fabio como si el tiempo se le agotara y quisiera almacenar en su memoria cada instante.

—Feliz año, mocoso… —dijo Fabio con un toque nostálgico mientras acariciaba las mejillas de Mauro, que lo abrazó con la fuerza de una despedida.

—¿Bailarás esta noche? —le preguntó.

—No lo creo —sonrió, y nosotros nos echamos a reír.

No pude preguntarle por qué parecía tan decaído. Alessandro de Rossi decidió intervenir en ese preciso momento y me soltó una colleja que me estampó contra la mesa más cercana.

Tenía razones para cagarme en su estampa, pero me salió carcajearme y pronto me vi dando tumbos de un lado a otro mientras repartía manotazos a diestro y siniestro. Mis amigos y yo a veces teníamos una forma muy extraña de demostrarnos afecto.

Entre risas, capturé la cabeza de Eric con toda la intención de hacerle una llave guapa de lucha libre mientras mi primo esquivaba sus pellizcos. Pero Alex nos hizo un placaje y al final terminamos los cuatro despatarrados en la hierba.

No sé qué me dolió más si el golpe o que el grandullón nos aplastara. Un instante después entendí que habían sido las dos cosas.

—Hijos de puta… —gimoteó Eric—. ¡Estoy aquí abajo!

Nos apartamos como pudimos, enredados los unos a los otros mientras nos descojonábamos de la risa. Pero Mauro se quejó.

—Eric, si me tiras otro pellizco te arrancaré los huevos —bromeó.

Pero la cosa fue a mayores y terminamos pellizcándonos hasta las pelotas. Yo me libré, aunque vi cómo los dedos de Mauro se acercaban a mi entrepierna.

Me aparté a tiempo.

—Ni se te ocurra si quieres conservar la dentadura.

—¡Tiene fiesta esta noche! —canturrearon Alex y Eric.

—¿Habéis terminado, capullos? —interrumpió una voz que podría haber reconocido hasta borracho.

—¡Daniela! —exclamamos los cuatro a la vez, aún despatarrados en el suelo, sabiendo que

ella pondría los ojos en blanco.

Así fue.

Daniela permanecía de brazos cruzados. Iba guapísima con aquel vestido azul oscuro y su melena negra de corte Bob con flequillo que enmarcaba su preciosa cara.

Luca estaba a su lado. Lucía con mucho orgullo la pajarita roja salpicada de topitos blancos de la que tanto nos habíamos burlado. Y al verlo en ese preciso instante, no supe por qué, sentí desprecio y rencor.

Negué con la cabeza para refrescar mis pensamientos. Era mi amigo, uno súper divertido y agradable. Pero aquellos ojos grises seguían en mi mente, me perseguían y prometían cosas que no solo me salpicarían a mí.

—Viéndolos así, no me importaría unirme… —bromeó Luca.

—No seas guarro.

Risueña, Daniela le dio un codazo, y yo torcí el gesto con la vaga sensación de haber vivido ya ese instante. Cada detalle, cada invitado, hasta cómo estaban decoradas las mesas. Lo reconocía todo de haberlo visto mucho antes, y recordaba a la perfección la respuesta que le di a Luca. Salió de mis labios con una sonrisa pícara.

—¿Te atreves? —le guiñé un ojo antes de levantarme del suelo.

Me retoqué mi atuendo sabiendo que Luca me devoraría con los ojos.

—No juegues con mis sentimientos, Gabbana —refunfuñó.

Ahora venía un abrazo. El Cristianno de aquella época tiraba de Luca y lo abrazaba ajeno a que semanas después tendría que matarlo. Pero se suponía que estaba atrapado en esa vorágine de momentos que no podía controlar, así que repetí mis movimientos.

—Ven aquí… —le dije, y lo abracé.

—Hueles tan bien… —susurró en mi cuello.

Sentí sus dedos clavándose en mi cintura. Percibí el deseo que entonces se me escapó. Un deseo ambicioso y arrollador que nos empujaría a masticar un poco más de miseria. Pero continué sonriendo porque eso era lo que yo debía hacer.

Después, miré a Daniela. Ella entrecerró los ojos. Parecía saber que la versión de mí que la observaba era un espejismo, como si estuviera viajando al pasado conmigo, a la noche en que todo empezó de verdad.

La abracé.

—No digas nada —le susurré al oído.

Ella se aferró con más fuerza a mí.

—Estamos atrapados en el mismo instante —jadeó—. Qué miedo me da.

Porque sabía qué venía después. Toda la tormenta que nos alcanzaría en cuanto ella, la reina de ojos plata, regresara a Roma. Daniela sabía que mi amor por esa mujer había empezado a fraguarse hacía mucho.

—¿Recuerdas qué sucedía ahora? —pregunté algo temeroso.

—Erika. —Se alejó para mirarme—. Besará a Mauro. Tu primo tratará de esquivarla, pero finalmente cederá. Después se acercará Enrico agitando su teléfono, y ella dirá su nombre.

Capturó mi rostro entre sus manos y me sonrió con tristeza.

—Su nombre.

Cerré los ojos. Me preparé para ese momento. Para ver a Erika Bruni apoyando sus labios en los de Mauro, que fingió aceptar aquel contacto de buen grado, pese a que no le gustaba ser tratado como el novio de esa chica.

Entonces, apareció Enrico tal y como Daniela había predicho, tal y como yo sabía.

—Alguien quiere hablar contigo —dijo el Materazzi con cierta nostalgia.

Erika resopló algo molesta.

La primera vez que vi el gesto no le presté la suficiente atención. Hoy día sabía muy bien a qué se debía.

—¡Kathia! ¡Feliz año nuevo! —exclamó antes de alejarse del gentío.

Y su nombre me atravesó el corazón.

Debía parecer sorprendido y no nervioso y aterrorizado por todo lo que estaba por venir, por el dolor que deberíamos padecer. Qué inocentes éramos aquella noche. Qué buena vida parecíamos tener.

—Finge —sugirió Dani, en voz bajita e inquieta—. Solo estás soñando, esto ya ha pasado y sabes cómo termina.

—Sí, con la mujer que amo postrada en una cama.

Convertí las manos en puños, pero los destensé de inmediato. Mi amiga quiso decirme algo más, quizá que mantuviera la esperanza. O que no entendía del todo por qué demonios estábamos compartiendo aquella especie de plano astral. Tal vez era una proyección de mi mente para mantenerme atado a la realidad que me esperaba en cuanto despertara. Quién sabía.

Decidí empaparme con los pensamientos que tuve esa noche, cuando no era un Cristianno destruido por los acontecimientos.

Recuerdo que me asombró que Angelo Carusso no quisiera que su hija pequeña pasara las Navidades en Roma, y me sorprendió más lo mucho que me molestó por entonces.

«¿Se acordaría Kathia de aquella noche en Cerdeña, cuando nos convertí en nuestro primer beso?», pensé.

Me acerqué a su hermano.

Enrico me sonrió de soslayo, pero evitó mirarme.

—¿Kathia Carusso? —pregunté por lo bajo.

Él tragó saliva. Cuánto le molestaba ese apellido.

—Exacto.

—¿Me explicarás por qué Angelo no ha permitido que venga?

—¿Me explicarás tú por qué te ha interesado tan de repente?

Al mirarnos lo supimos. Enrico también estaba atrapado allí, en ese instante. Y nos observamos con una nostalgia que me empañó los ojos.

—Bueno… Es raro que no quiera ver a su hija en unas fiestas tan señaladas —me obligué a decir.

Y me contuve de hacer lo que sí hice aquella noche: mirar a Angelo y después a Valentino, que parloteaban emocionados con varias personalidades.

«Están muertos», me dije. «Yo mismo los he matado y solo lamento no haber sido más cruel con ellos». Pero ese pensamiento no tenía cabida en aquel plano. No era el Cristianno actual, sino el que había sido cinco meses antes. Cinco meses que me parecían toda una maldita vida.

—¿Cómo es que ahora te gusta la Navidad? —curioseó Enrico.

—Saltémonos lo que dije en realidad, Materazzi —me atreví a pedirle.

Y el jardín enmudeció. Todos me miraron. La música cesó. El silencio se derramó con crudeza. Ni siquiera se oía la brisa o el suave crujido de las cortinas que colgaban de aquel enorme cenador.

Aquello había sido un error. Ser diferente a cómo fui en esa ocasión alarmó mi recuerdo, y yo solo quise salir de él.

Enrico apoyó una mano en mi hombro y prometió en silencio facilitarme el proceso.

—Lárgate de aquí, compañero.

—La realidad no es mejor que esto —gimoteé.

—Pero ambos la preferimos a ser pasto de los recuerdos.

Me empujó y conforme recuperé el equilibrio recibí un puñetazo que me devolvió de súbito a la realidad.

Cuando abrí los ojos, Kathia seguía dormida.

Dormida no, atrapada en un letargo que ya se hacía muy largo.

La habitación estaba consumida por las sombras. Totti descansaba en una de las butacas y Mauro ocupaba el sofá. Tenía la cabeza apoyada en el regazo de Sarah, que también dormía. Sabía que los chicos se habían ido a descansar, pero volverían a primera hora de la mañana, en cuanto despuntara el día, como el resto de la familia. Y que Ben y Lele hacían la ronda de vigilancia junto al resto de la guardia que protegía los alrededores de la clínica.

Kathia ignoraba, perdida como estaba en su coma, que tenía a decenas de personas conteniendo el aliento por su supervivencia. Que hasta se inventaban oraciones y ruegos para traerla de vuelta.

Yo no recé. Solo me aferré a su mano y dejé que las fuerzas se me escaparan mirándola, memorizando cada poro de su piel, imaginando que abría los ojos y regresaba a mí. Que no me hacía pasarme la vida echándola de menos, porque no sería vida, y de eso todo el mundo había empezado a darse cuenta. Ahora solo vivía a través de los recuerdos, y éstos se habían llevado hasta mi voz.

«Vuelve, Kathia. No me dejes solo». Lo pensé derramando unas lágrimas que se perdieron en la oscuridad.

# KATHIA

«Vuelve, Kathia. No me dejes solo».

A Cristianno le costaba olvidar esas palabras. Las había pensado en tantas ocasiones que ya casi parecía la frase que definía su vida.

Nunca las decía en voz alta, pero yo sabía que estaban ahí, constantemente, como una especie de sombra que flotaba sobre nuestras cabezas y que, de vez en cuando, se atrevía a asfixiar.

Solo lo habíamos hablado una vez, días después de que yo despertara. Y tras esa conversación, Cristianno me pidió que lo olvidáramos. Pero ninguno de los dos pudimos. Era una súplica muy simple mencionada en un momento muy complejo que se repetía en cada caricia que nos dábamos, cada beso, cada mirada.

Yo me sentía culpable por haberlo provocado. No me di la suficiente prisa en despertar, aunque ni siquiera sabía que dormía. Y para cuando lo entendí, mi mundo tembló.

Sin embargo, los días pasaban. Poco a poco, me recuperaba. Ya podía caminar. Había logrado asearme sola, sin ayuda, y volvía a sentir apetito. Charlaba con los chicos, paseaba con mi hermano, leía entre los brazos de Sarah, me dejaba mimar por mi gente. Todo iba bien. Todo estaba adquiriendo una normalidad maravillosa.

Supongo que con el tiempo dejaría de parecernos algo tan extraordinario e inaudito.

—Vete —le dije a Cristianno en cuanto la habitación se vació.

Enrico había echado a nuestros amigos entre bromas y collejas. Decía que habíamos convertido aquella zona de la clínica en un patio de recreo y que no podían seguir dormitando en cualquier parte como si aquello fuera una albergue juvenil.

Así que ahora estaba a solas con mi Gabbana favorito, que cerró la puerta y no perdió el tiempo en tumbarse a mi lado para darme arrumacos.

—No —jadeó en mi cuello.

Sus brazos envolvieron mi cintura. Prácticamente, se había tendido encima de mí, y yo me aferré a él como si fuera lo último que haría en aquella vida.

—Tienes que descansar.

—Esta habitación es enorme y ese sofá de ahí es muy cómodo. Descansaré aquí, contigo. —Levantó un poco la cabeza para mirarme pícaro—. A menos que te hayas cansado de aguantarme pegado a ti.

—No digas gilipolleces, no te favorecen nada. —Mordisqueé su labio inferior.

—Ah, ¿no?

En cuanto su boca tocó la mía y su lengua se abrió paso me encendí. Me tentaron muchísimos las ganas de arrancarnos la ropa y acomodar sus caderas entre mis piernas. Necesitaba tanto sentirlo latiendo en mi interior.

Pero, aunque todavía era demasiado pronto para mis heridas, eso no nos contenía de devorarnos hasta el límite. Así que Cristianno acarició mis pechos y los apretó mientras frotaba su creciente erección contra mi centro. Yo deslicé mis manos por su espalda, las clavé en su precioso culo y lo invité a hacer más presión. Compartimos jadeos, las mismas ganas, el mismo calor. Y seguimos besándonos como cuando lo teníamos prohibido. Como cuando las horas se nos escapaban de las manos.

Me encantaba el modo en que su boca se enroscaba a la mía, esa cadencia tan intensa como

templada. Cristianno me devoraba, pero también tenía esa tendencia a contener el fervor para disfrutar de la presión entre nuestros labios. Sus besos nunca eran algo trivial, ni siquiera aquellos que me entregaba como saludo o costumbre. Siempre hacía que ese contacto fuera indispensable.

El corazón me bombeaba a toda prisa. La excitación arañaba mi piel, me rogaba un alivio, y yo lo quería. Pero también era prudente, por muy cerca que estuviera de perder la cabeza y rogarle a Cristianno que me follara. Porque eso era lo que quería, que me hiciera el amor como un salvaje, que se derramara dentro de mí y me hiciera retorcerme hasta convencerme de que podía explotar en mil pedazos.

Sabía que me lo daría. De los dos, él era el más demente y ardiente, aunque yo siempre estuviera a punto de alcanzarlo.

Gimió en mi boca cuando me froté contra su erección. Estaba tan dura como una roca. Me resultó tan satisfactorio que lo repetí una y otra vez, porque sabía que aquello era lo único que conseguiría de aquel instante que empezaba a escapárseme de las manos.

Su suave lengua resbaló por mi barbilla, trazó un camino hacia mi mandíbula y ascendió por mi yugular hasta capturar con los labios el lóbulo de mi oreja. Maldita sea, cuánto me excitaba. Siempre lo había hecho, desde el primer instante. Incluso cuando creía odiarlo.

Ese chico de ojos rabiosamente azules capaces de robar el alma, cuyo rostro parecía una broma del diablo, creado para tentar y enloquecer. De piel nívea y tersa, de mejillas enjutas y afiladas, nariz recta, labios cargados de sensualidad, siempre en una constante mueca erótica que impedía dejar de codiciarlos. Y su cuerpo, esas malditas líneas de músculo suave y marcado, definido por unos movimientos irresistibles y una actitud tan adictiva como ardiente.

Era una maldita perdición de principio a fin. Un problema para la cordura. Y hasta el más santo habría fantaseado con terminar a merced del Gabbana. Porque Cristianno era puro sexo y deseo, pese a que también era lealtad y honor. Y a esa intensidad una nunca se acostumbraba.

Sus labios recorrieron mi clavícula. Sus manos se habían colado bajo mi camiseta, atraparon uno de mis pechos y me pellizcaron la punta. Yo me retorcí y arqueé la espalda, dándole la excusa perfecta para enterrar su boca en mi piel. Me lamió y sus dientes me rozaron. Me contraje, cuánto me gustaba que hiciera aquello, que me agasajara con esa ternura y pasión.

—Deberíamos parar… —suspiró cuando regresó a mi boca.

—Lo sé… —dije repasando las poderosas líneas de su espalda bajo su camiseta.

—Pero no quiero hacerlo.

—¿Y yo sí?

Nos echamos a reír. Pero no dejé de frotarme contra su erección, y Cristianno gruñó por lo bajo de puro deseo.

—Nena, lo que tú quieres es volverme loco.

—Creo que eso ya lo he conseguido.

—No te quepa duda.

Volvimos a besarnos un poco más encendidos.

—Deberíamos parar antes de que me olvide de todo y terminé follándote como un animal —resolló sin aliento.

Entonces, lo empujé y me tumbé sobre él. Cristianno enseguida clavó sus manos en mis nalgas y las apretó pensando que aquello continuaría siendo un beso febril. Nada más. Pero mis dedos resbalaron por su pecho y alcanzaron el cinturón de su pantalón. Lo desabroché y le bajé la cremallera. Él se congeló.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Yo no puedo, pero tú sí —jadeé traviesa y emocionada con la idea—. Y verte es tan placentero como cuando me haces el amor. Así que no me detengas.

Acaricié su erección por encima de su bóxer. Cristianno tragó saliva.

—Me parece injusto…

—Cállate —le reprendí justo cuando tiré del elástico.

Ambos miramos para ver cómo la gruesa cabeza de su miembro asomaba reclamando atención y la acaricié con la yema de un dedo antes de liberarla por completo. Era un espectáculo glorioso, tan deliciosa que me tentó mucho visitarla con mi lengua. Cristianno debió intuir lo que me proponía y me contuvo a tiempo aferrándose a mis caderas.

—Vale, pero dame tu boca —gimió.

Nos besamos y esta vez fuimos todo dientes y lengua, como una batalla encarnizada. Mientras, mi mano trabajaba en su erección. Me fascinó cómo latía en mi puño. Apretaba lo suficiente para darle placer y provocarle aquellos suaves quejidos que se le escapaban, y observaba el modo en que se le contraía el vientre.

Pronto empezaron los espasmos, pequeños escalofríos que le erizaron la piel. Estaba muy cerca de ese instante en que su rostro se convertiría en el mayor exponente de belleza. Pura perfección que se derramaría en mis dedos.

—¿Te haces idea de lo hermoso que eres cuando tiemblas entre mis manos? —resollé.

Cristianno estaba ido, atrapado en un placer que compartí con él.

—Ah, Kathia…

—Dilo de nuevo —le ordené en un susurro.

Él clavó sus pupilas en las mías. Se habían oscurecido tanto que casi parecían negras. Creí sinceramente que podría correrme con él solo mirándole a los ojos.

—Kathia.

—Cristianno —jadeé sobre su boca.

Y entonces estalló con un gemido ronco, y me cautivó el calor que ambos sentimos. Lo acaricié un par de veces más para extraer hasta la última gota de su placer y después miré mis dedos. Acaricié mi lengua con el índice. Un sabor dulce e intenso explotó en mi boca mientras Cristianno me observaba embriagado.

—¿Quieres matarme, cierto?

Se mordió el labio en cuanto terminó de hablar. Y yo noté los efectos de su voz ronca y sexi entre las piernas.

—No, solo te saboreo —me sinceré, apretando los muslos para aliviar la presión.

Cristianno sonrió travieso y resopló. Lo conocía lo suficiente para saber que si continuábamos por ese camino volvería a excitarse de inmediato. Pero yo continué jugando con mis dedos. Hasta que él apartó mi mano, se incorporó un poco y lamió mis labios.

Si quería que toda la concentración se me fuera a la entrepierna lo consiguió.

Pero mientras su boca consumía la mía en un beso tan suave como intenso, su mano alcanzó la cajita de pañuelos que había sobre la mesita. Nos limpió, recompuso su ropa antes de abrazarme y volver a besarme.

—Mañana hablaré muy seriamente con el doctor Terracota —me aseguró, y a mí se me escapó una carcajada—. Lo digo en serio.

—Y te creo.

Las pulsaciones se nos iban calmando y pronto nos encontramos compartiendo ese silencio tan nuestro, tan cómodo. Cristianno me acariciaba el cabello, yo trazaba círculos sobre su pecho. Habíamos deseado tanto disfrutar de ese tipo de momentos que, ahora que los tenía, me parecía

casi un sueño.

—Vete.

Cristianno inclinó la cabeza para mirarme.

—¿Me has tocado para hacerme dócil?

Solté una risilla. Ambos sabíamos que no. Más bien, no había podido contenerme. Y él tampoco.

—Hazlo por mí —susurré, mirándolo a los ojos, fascinándome con ellos, gritando por dentro lo orgullosa que estaba de tener a ese chico a mi lado—. Llevas semanas sin descansar, apenas comes. Necesito verte bien, necesito saber que tú también te recuperas.

—Kathia…

—Por favor… —Le interrumpí, y me incorporé para mirarlo de frente—. Cena con tu familia, date una ducha, tómate una copa si te apetece o atibórrate de tiramisú, y duerme. Duerme todo lo que puedas.

Apoyó la espalda en el cabecero y me miró atento mientras sus dedos jugaban delicados con los míos.

—Mañana estaré aquí —le aseguré—. Y todos los días de mi vida, ¿recuerdas? No pienso irme de nuevo.

Tragó saliva y cerró los ojos un instante.

«Vuelve, Kathia. No me dejes solo». Esas palabras cobraron protagonismo.

—Sé que no… Pero a veces… A veces imagino que… —No se atrevió a decirlo, y se frotó la cara—. Tonterías —suspiró.

Me acerqué a él y aparté las manos de su rostro. Quería verlo a todas horas. Era el hombre al que amaba, el hombre al que nunca dejaría de seguir con la mirada y adorar con palabras o en silencio.

Era mi compañero, el que nunca se había separado de mí durante mi letargo, el que siquiera iba a su casa a por descanso. Pernoctaba día y noche a mi lado, comía solo cuando se lo recordábamos. Incluso su madre le había traído una maleta para que se instalara con comodidad. Se dedicó en cuerpo y alma a darme un alivio que yo ahora quería devolverle. Y estaba bien que todavía me quedasen unos días más de ingreso, pero me encontraba con fuerza, mejoraba constantemente. Ahora era su turno. Ahora me tocaba a mí cuidar de él, y eso no podía negármelo.

Todo eso le dije cuando acaricié su mejilla y Cristianno apoyó su mano en la mía. Era tan bonito sentir cómo nos comunicábamos a través de los silencios y las miradas.

Justo en ese momento, alguien llamó a la puerta. Me alegré de que no lo hubieran hecho antes, nos habrían interrumpido en una situación realmente intensa.

Cuando Benjamin Canning entró en la habitación lo hizo mostrando una expresión que dejaba claro lo consciente que era de lo que habíamos hecho. A ese hombre no se le escapaba nada, y me divertía mucho su cara de circunstancia.

—Lo estoy convenciendo para que se vaya a dormir a casa —le dije en inglés porque todavía no dominaba el italiano, y analizó a Cristianno.

Para cualquiera hubiera pasado desapercibido el enorme afecto que le profesaba al Gabbana, pero a mí me pareció de lo más evidente. Y la cosa más dulce.

—No me parece a mí que esté surtiendo efecto.

Estábamos de acuerdo.

—Pues tendrás que echarme una mano, Canning.

Cogió aire y avanzó un par de pasos más.

—Muévete, niño. O te saco a rastras.

Cristianno achinó los ojos y me miró todo enfurruñado.

—Bruja.

Yo sonreí porque sabía que no podría negarse a nada que le pidiera Ben. Sobre todo porque era un tipo enorme y la mar de intimidante. De hecho, era cierto lo que decían Lele y los demás, parecía un vikingo.

—Estaré aquí a primera hora —anunció Cristianno al ponerse en pie.

—A las diez —le corregí con una sonrisa.

—A las ocho.

—A las nueve.

Supe que la negociación surtió efecto en cuanto suspiró.

—De acuerdo, a las nueve —aceptó.

Técnicamente, habíamos empatado.

Se inclinó para darme un beso.

—Te quiero —susurré.

—No más que yo.

—Discutiremos eso mañana.

—

Totti me frotó la mejilla con los nudillos.

—No puedes dormir.

Tenía razón. No podía, pese a su tranquilizadora compañía.

Había aparecido allí un rato después de la cena y mi bonita discusión con Enrico. Sabía que Cristianno pasaría la noche en la residencia de verano, donde estaría alojada la familia hasta finales de agosto para asegurar que la prensa no continuara hostigándonos con todo lo que había pasado.

Mi hermano y yo nos pasamos varias horas charlando y compartiendo galletas de chocolate. Comentamos cosas triviales y divertidas, tan solo queríamos disfrutar el uno del otro y reír, que falta nos hacía. Se nos daba tan bien estar juntos.

Pero cuando lo vi descalzarse y acomodarse en la butaca, me enfadé. No iba a permitir que Enrico pasara la noche a mi lado cuando apenas paraba a descansar. El agotamiento ya empezaba a vislumbrarse en su rostro, y tenía una mujer embarazada y preocupada esperándolo en casa casi igual de cabezota que él.

Vencí, pero solo porque Totti intervino. Y aunque no quise que ninguno de ellos se quedara, tuve que ceder.

Ahora, mi ángel de la guarda, mi protector más fiel, me sonreía bajo la luz tenue de la lamparilla, y no pude negarle la verdad.

—Tengo un poco de miedo.

—Eso es porque él no está aquí. —Su mención a Cristianno me produjo un escalofrío—. Y en cierto modo sabes que tampoco está pegando ojo.

Era muy curioso lo mucho que Totti me conocía. Sabía bien que aquellos días había logrado dormir porque lo hacía enganchada a la mano de mi novio. Algo de mí creyó que, si lo soltaba, no volvería a despertar. Y ahora que no estaba todo era un poco más difícil.

Le sonreí.

—Parecemos dos adolescentes.

—Sois adolescentes, mocosa.

—Sí, cierto… Se me había olvidado…

Con todo lo que habíamos pasado, ser jóvenes era algo así como una fantasía inalcanzable.

—Totti.

—¿Sí, cariño?

Cerré los ojos.

—Me persiguen. Los recuerdos, cada momento. Me persiguen como si fueran animales hambrientos. —Lo dije en voz baja por temor a que cobraran forma.

Al mirar a mi querido protector me estremecí y se me empañó la mirada.

—No puedo olvidarlo. Me cuesta mucho asumir que todo… —se me rompió la voz—… que todo ha terminado. Siento que no es verdad.

—Es muy reciente —comentó sin soltar mi mano—. Apenas han pasado unas semanas. Y tú todavía sigues convaleciente. Pero pasará, con la ayuda pertinente y el amor de los tuyos pasará, mi mocosa.

—¿Lo prometes? —sollocé.

—Por supuesto.

Se inclinó a besarme en la frente y yo no pude evitar darle un abrazo. El tiró de mí y me permitió acomodarme en su pecho. Me sentí una cría pequeña al cobijo de su padre. Y qué padre tan increíble.

—No le digas nada a mi hermano, no quiero que se preocupe más. Ni que decir de Cristianno.

—Son más listos que yo, pero tienes mi palabra.

De eso no me cabía duda.

—

Hacía casi dos meses que me habían dado el alta. Me sentía bien. Estaba tan recuperada que, de no ser por la pequeña cicatriz de mi vientre, me costaba creer que hubiera estado tan cerca de la muerte.

Solo me quedaban las ligeras molestias que padecía de vez en cuando, y las secuelas emocionales a las que mi terapeuta, la doctora Sabini, prefería llamar estrés postraumático, y no traumas. Tenía más fe que yo en mis avances y confiaba en que, con el tiempo, toda aquella guerra se convertiría en un cúmulo de recuerdos muy lejano.

Me estaba esforzando lo indecible para conseguirlo.

Había mejorado un poco. Las pesadillas insistían, pero había aprendido a controlar su influencia. Ahora las tenía casi con la misma frecuencia, pero no me condicionaban ni tampoco me sometían. Entendí que el peligro solo estaba en mi mente, que el miedo tardaría en abandonarme, pero que todo había pasado y éramos libres.

Aun así, a veces, esos mantras no funcionaban del todo, y el insomnio se convirtió en un amable, aunque peligroso, aliado. Por suerte, era más llevadero durante las noches que dormía con Cristianno.

Con nuestra incorporación a San Angelo para afrontar los dos últimos trimestres del curso y así poder participar en el examen de acceso a la universidad, Enrico y yo decidimos que pasaría

la semana en Frattina por cercanía al colegio.

Obviamente los findes me encerraría en la residencia de los Gabbana para disfrutar del verano y olvidarme de todo lo que no fuera vaguear, darme un chapuzón, disfrutar de la familia y mis amigos y, sobre todo, de los besos de Cristianno.

El primer día de clase fue todo un desafío. Un grupo de jóvenes que observaban aturdidos la explosión de vida que se desarrollaba a su alrededor. Una vida que en nuestro fuero interno deseábamos, pero a la que todavía no sabíamos manejar.

Dudamos tanto. Nos sentimos tan desprotegidos y expuestos, tan lejos de ser meros adolescentes. Los planes sobre nuestras carreras, las ideas sobre qué tipo de futuro queríamos, las aventuras que ansiábamos experimentar. Todo eso se acumuló y terminó por darnos una bofetada que pronto amenazó con aislarnos del mundo.

Pero nos miré a todos. Nos quería tantísimo, lo merecíamos tantísimo. Aquella oportunidad tan única de volver a la vida no debía ser desperdiciada o temida.

Ninguno de ellos había cedido en el pasado. Entendía que ya no fuéramos los mismos de hacía unos meses, que las fuerzas hubieran menguado. Pero yo sentí que a mí me quedaban unas pocas, y las invertí en nosotros, en coger aquella oportunidad y hacerla nuestra. Solo debía adelantarme un paso, mirarlos y sonreír. Me seguirían, siempre lo habían hecho.

Y así fue como mis palabras y esa fuerza, que en cierto modo me inventé, nos ayudó a entrar en clase.

Las primeras veces fueron desconcertantes. El curso terminó y el edificio pronto nos albergó solo a nosotros y al claustro que se había comprometido a ayudarnos. También algunos alumnos que cursaban las recuperaciones.

Pero nada más. Salas y salas vacías, que se llenaron con nuestras ilusiones y sacrificios.

Avanzar. Eso estábamos haciendo. Y nunca estuvimos solos. Nuestras familias siempre se aseguraban de que nuestro regreso a casa fuera magnífico. Se inventaban cualquier excusa para organizar una fiesta. Convertían una simple barbacoa en todo un evento.

Era tan bonito formar parte de un todo tan extraordinario.

La terapia también ayudó. La doctora Sabini era una mujer maravillosa, con una risa que casi parecía una linterna, podía iluminar hasta las partes más oscuras de mi alma y mi memoria.

Ella, toda paciente y risueña y amable, siempre daba la bienvenida a su consulta con unos dulces y unas palabras de afecto. A veces, me recordaba a una confortable chimenea en pleno invierno. Calentaba con delicadeza, aunque contundente.

Le tomé aprecio de inmediato. Bastaron unas pocas consultas para sentir que tenía algo especial con ella, algo más que la simple relación entre doctor y paciente. Me gustaba cómo escuchaba, me gustaba cómo hablaba y qué decía. Y me encantaba que su consulta fuera un entorno tan bonito y afectuoso, como estar en casa. No era la única que lo opinaba. Mis amigos solían decir que cuando se despedían de Sabini se sentían mucho más aliviados por dentro.

—Esa mujer es mágica —comentó Alex en una ocasión.

Todos le dimos la razón.

Todos excepto Cristianno.

Era difícil reconocer que necesitábamos terapia porque hasta las cosas más sencillas a veces suponían un tormento. Las pesadillas torturaban, la ansiedad nunca nos abandonaba, cualquier ruido —por estúpido que fuera— nos alertaba y llenaba de tensión. La cotidianidad era como un campo minado, íbamos sorteándola cagados de miedo, a la espera de toparnos con el peligro.

Pero ese peligro nunca llegaba, y pronto nuestras familias sugirieron que lo mejor era asistir a un profesional que nos guiara en una recuperación que aparentemente no era necesaria.

Era muy curioso cómo funcionaba la mente. Podías estar destruido y masticar las secuelas de todo el horror y, sin embargo, lucir físicamente perfecto.

Eric fue el primero en aceptar. Yo le seguí muy pronto. Queríamos mejorar. Y enseguida se nos unieron Alex y Dani, también Mauro. Incluso algunos mayores.

Una hora a la semana que se convertía en un viaje a las profundidades del alma. Asustaba, sí, porque debíamos reconocer en voz alta todo lo que temíamos. Pero también aliviaba saber que obtendríamos las herramientas necesarias para salir de ese agujero y asumir que siempre conviviría con nosotros pero ya no tendría poder para deformarnos.

Hablaríamos de aquello que no nos atrevíamos a comentar entre nosotros porque, en el fondo, temíamos resucitar esos demonios que nos habían destrozado en el pasado. Que nos habían convertido en unos críos que ahora pensaban que la vida se agotaba muy rápido.

Eso lo entendimos de inmediato. Así como la bondad de Sabini cuando nos abrió los brazos y se aventuró a ser nuestra guía.

Pero Cristianno prefería guardar silencio.

Yo sabía que era el que más sufría de todos porque su inevitable tendencia a la introversión se había convertido en una barrera que lo separaba del mundo. Y ni siquiera yo misma podía sortearla. No me creía capaz de llegar hasta lo más hondo de su ser.

—Deberías probar, Cristianno —le sugerí por enésima vez un día cualquiera.

Apenas quedaban un par de semanas para su decimonoveno cumpleaños. El primero juntos, y estaba más raro de lo normal, más ausente.

—Eso haré, más adelante.

Evasivas que después sellaba con un beso o con miles de caricias y sexo desenfrenado. Nos tocábamos como si hubiera un límite, como si fueran a impedírnoslo en cualquier momento.

Me encantaba. Pero a veces percibía ese sufrimiento y, más que satisfacción por el placer que nos entregábamos, sentía un vacío enorme en mi pecho.

Nuestra relación funcionaba extraordinariamente bien. Nos conocíamos a niveles asombrosos, tanto que hasta nuestra gente alucinaba. Era la conexión que teníamos lo que evidenciaba que, en efecto, habíamos sido creados para estar juntos.

Pero esa barrera nos separaba cuando compartíamos silencios. Me llenaba de dolor y dudas. Sabía bien que, cuando Cristianno abandonaba mi cama en mitad de la madrugada, no me contaría sus pesadillas si iba tras él. No me dejaría abrazarle y consolarlo. Solo fingiría una sonrisa, me daría un beso y me diría que todo estaba bien. Lo mismo le indicaría a los demás. Así que mirarlo ahora era como observar un caótico laberinto, y me pasé días recorriéndolo en busca de alcanzar a mi compañero o dar con una salida desde la que pudiera enviarle una señal.

No cesaría en ese empeño por mucho que Cristianno quisiera esconderse de sí mismo.

Sí, se escondía de sí mismo.

—

—Hoy estás más callada de lo normal —me dijo la doctora.

—No, que va —sonreí.

Me había detenido junto a unos de los taquillones que decoraban su consulta. Sobre la madera, había un jarrón de margaritas frescas y yo acariciaba sus pétalos con cuidado de no dañarlos.

Eran las seis y media de la tarde y, como cada jueves, Rena Sabini me había dado la bienvenida con un delicioso café y un plato de esas galletas caseras que tanto me gustaban.

El sol de pleno julio se colaba por los ventanales creando una atmósfera muy agradable, en sintonía con el fresco clima que nos proporcionaba el aire acondicionado.

—Apenas respondes con monosílabos, Kathia —comentó, y yo la miré cauta—. ¿Quieres hablar de ello?

No sabía cómo afrontar ese momento, pues no me correspondía a mí hablar de los traumas de otra persona. Pero esa persona era mi novio, el hombre de mi vida, mi media mitad, y si él no funcionaba, algo de mí tampoco.

—¿Debería? —pregunté comedida.

—Estamos aquí para comentar todo aquello que te inquiete. Cualquier cosa.

Sus bonitos ojos me estudiaron. Habían estado haciéndolo desde que me vieron entrar. Intuyeron bien que esa tarde sería diferente, y miraron dentro de mí.

Rena Sabini sabía que Cristianno estaba en mi mente.

—Y usted nunca me juzgará. —Recordé sus palabras, tomando asiento en el cómodo y amplio sofá que había frente a ella.

Me encogí de piernas y sonreí al ver su bonita mueca enfurruñada.

—Siempre que no uses esas referencias tan formales para referirte a mí.

—Cierto —sonreí de nuevo, esta vez de verdad.

Ella se cruzó de piernas y dejó su libreta en la mesita que había al lado de su sillón. Esperó. Como siempre hacía cuando yo no me atrevía a hablar. Esperó con una amabilidad que me conmovió.

—Me siento bien… —admití cabizbaja—. Todo lo bien que uno puede sentirse tras haber sufrido todo… —me contuve. Ese día no quería mencionarlo—. Ya sabes… Veo que mi gente mejora a diario. Disfrutamos, somos felices. Si es así ahora que todo es muy reciente, imagina cómo será de aquí a unos meses.

Cogí aire hondamente. No veía el momento de mirar al pasado con orgullo y sonreírle, porque me había arrebatado muchas cosas, pero me dio riquezas que pocos logran en la vida: un amor indestructible, una amistad leal y una familia excepcional.

—Pero Cristianno... —Incliné la cabeza hacia atrás—. Ah, Cristianno. Ni siquiera habla conmigo sobre sus demonios. ¿Cómo va a lograr vencerlos?

—Cada uno necesita su tiempo, Kathia.

—No hablaba ni con su madre o con su padre, a quienes es incapaz de guardarle secretos. Está atrapado en ese agujero él solo. Lo sabe, es muy consciente, y también sabe que nos hemos dado cuenta, pero no quiere ayuda ni tampoco parece dispuesto a ayudarse a sí mismo.

Lo solté todo como si las palabras hubieran estado atrapadas en una presa y ésta se hubiera agrietado.

—Me toca como si el mundo fuera a acabarse en cuestión de minutos. Hacemos… —Me detuve a tragar saliva, sentí un poco de vergüenza. Pero era Sabini y sabía que ella no me juzgaría ni se escandalizaría—… hacemos el amor con furia, con una pasión desbordante y un amor inmenso, sí. Pero noto la furia. Me mira como cuando no podíamos tenernos, y nos empuja a esos días… Y no soporto verlo sufrir.

—¿Habéis intentado hablar sobre una posible terapia? —me preguntó con suavidad.

—Me da largas. Sé que te respeta. Pero es como si algo de él tuviera miedo de enfrentarse a sí mismo, a todo lo que se guarda. ¿Qué puedo hacer?

# CRISTIANNO

Ignoraba que discutir con Kathia me suscitaría una sensación tan incómoda y desagradable.

Recuerdo que lo habíamos hecho en el pasado, cuando fingíamos que no estábamos locamente enamorados. Pero ahora era mi compañera y la adoraba con toda mi alma. Una discusión con ella resultó ser tan doloroso como los días en que la vi postrada en una cama.

Era yo quien había provocado la situación. No, más bien, fueron mis silencios. Y la entendía porque solo quería ayudarme. Pero ¿qué podía decirle yo si ni siquiera sabía cómo verbalizar lo que me pasaba?

Estaba bien. Disfrutaba de mi entorno, de mi gente, de mis ocupaciones. Todo iba bien, de verdad. Eso me decía y eso veía a diario. La vida me había regalado una oportunidad y estaba dispuesto a aprovecharla al máximo.

Sin embargo, mi mente no funcionaba como había esperado. Me tenía atrapado en un territorio de muy difícil acceso para los demás. Me atormentaba cuando menos preparado estaba.

Empezó como algo espontáneo, una especie de fogonazo que solo veía a veces, cuando estaba cansado o en un estado de duermevela. Momentos de vulnerabilidad.

Pero, poco a poco, conforme pasaban los días y observaba el cambio a mi alrededor, las sonrisas de Kathia, la alegría de mi gente, me hice más y más débil y pequeño. Me sentía tan frágil.

Era un infierno. Y no el infierno que la gente imagina, con sus llamas y su calor asfixiante. No, ese infierno era blanco, silencioso, desértico. Un páramo de hielo y nieve y viento que me helaba por dentro y me convertía en un hombre cuyo único objetivo era aislarse para poder arañar un poco de calor.

Traté de quitarle importancia, de echarle valor y ocultárselo al mundo porque no quería añadir más preocupaciones. Sin embargo, mis esfuerzos no sirvieron de mucho, y los míos me conocían demasiado bien como para que mis miserias pasaran desapercibidas.

El límite lo alcanzamos esa noche cuando Kathia me obligó a mantener la conversación que llevaba días eludiendo. Nos costó nuestra primera riña de pareja. Una discusión real, por nosotros, no por las agresiones de terceros. Aunque, bien mirado, era culpa de otros que yo ahora estuviera tan jodido.

Así que cedí. Por ella, por las lágrimas que yo le provoqué y porque mi madre al final intervino para darle la razón a Kathia, que abandonó la sala tan furiosa como dolida.

Era el culpable de que nuestra relación estuviera entrando en un terreno tan pantanoso. Y me dije que no enviaría todo al traste cuando habíamos sorteado la muerte y el miedo tantas veces.

—

La doctora Sabini me sonrió con amabilidad, pero yo no le devolví el gesto. No era alguien huraño, solo que no tenía ganas de forzar un gesto que no me nacía.

Estaba en su consulta para ser yo mismo, ya que con los míos parecía que no lo estaba

consiguiendo. Así que me dejaría de banalidades.

Tomé asiento, eché mano a un cigarrillo y lo prendí deseando que aquella hora pasara lo más rápido posible. Honestamente, me acojonaba todo lo que removería mi conversación con esa mujer.

Había escuchado muchas veces de mis compañeros que Rena Sabini sabía guiar, sabía aliviar y, sobre todo, escuchaba con el corazón.

«Ojalá no sea cierto».

—Ah, lo siento mucho, pero no permito fumar en esta estancia —comentó con cierta reserva.

Yo la miré, exhalé la última calada y apagué el cigarrillo en un bonito cuenco que había en la mesa bajera que nos separaba. Por supuesto no era un cenicero, pero Sabini se conformó, y me extrañó que no demostrara ningún signo de contrariedad en su rostro.

—Déjame decirte que me alegra que hayas venido.

—No me ha quedado más remedio —resoplé.

La verdad es que me molestó mucho decir eso. Dejé a mi madre y a Kathia en la posición de personas agobiantes cuando la realidad era muy distinta.

—¿Así que no estás aquí porque tú mismo lo desees?

Entrecerré los ojos. Habíamos entrado de lleno en terapia.

—Hemos empezado muy rápido con las indagaciones.

—Debo hacerlo para conocerte y poder ayudarte.

Me removí en mi asiento.

—Doctora Sabini, no quiero sonar rudo, pero no necesito que usted me conozca y mucho menos me ayude en nada. Estoy decaído, sí. Y un poco cansado con tanto estudio. Nada más. Pasará. Por sí solo.

Ella continuó analizándome. Me asombraba que no estuviera anotando cosas en su libreta. De hecho, ni siquiera la había cogido. Más bien, parecíamos dos conocidos que buscaban ponerse al día de su vida. Y ese confort que me transmitió no era muy bienvenido en el infierno blanco.

Pronto me vi apretando los dientes para contener el estallido de imágenes con el que me bombardeó mi mente. Mi maldita mente.

Los ojos de Valentino, su sonrisa al disparar a Kathia. La sangre que se derramaba de su vientre. Su cuerpo tendido en la carretera. Mis manos teñidas de rojo. Fabio… Fabio… Fabio…

—Tus amigos no tienen inconveniente en que yo les eche una mano —desveló la doctora, que me trajo de vuelta sin saber que yo ya no estaba en esa consulta—. De hecho, tu primo y tu novia, dos personas muy importantes para ti, vienen cada semana y hablan de sus inquietudes con total normalidad. No es nada malo que recurras a ayuda externa para superar tus…

—¿Problemas? ¿Traumas? —la interrumpí.

—Cristianno.

«Sabrá el diablo lo que es el infierno». Valentino me susurró aquellas palabras al oído antes de reírse. Casi pude verlo ante mí. Había cobrado más fuerza que nunca, la desolación me devoraba las entrañas.

—¿Cuánto tiempo nos llevará? —dije asfixiado.

Tenía que irme antes de que mis demonios tomaran el control.

—El que necesites.

—Pues he terminado. —Me puse en pie—. Mañana tengo un examen de física a primera hora. Me gustaría repasar antes de descansar.

Me encaminé hacia la puerta.

Sentí que Valentino me seguía. Todavía lo escuchaba reír. Esas carcajadas se unieron a las de mi tío Alessio. Ese maldito canalla que se había llevado la vida de Fabio, que había destruido a su hijo al robarle la oportunidad de ser amado por su verdadero padre, que lo obligó a disparar la bala que terminó con su vida, que encerró a mi prima en un zulo.

Se me escapaba el aliento, el pulso incrementó, me taponó los oídos. Nunca me había dado un ataque de pánico tan desbordante. Realmente sentí que aquella realidad tan pacífica solo era fruto de mi mente, que lo estaba soñando y que, en cualquier momento, despertaría y volvería a enfrentarme a la guerra a la que esos hijos de puta me habían arrastrado solo porque me había enamorado de la mujer equivocada.

—¿Así es cómo te enfrentas a los problemas? —Escuché muy lejana la voz de la doctora—. El Cristianno que me han descrito es todo un guerrero.

«Crees que te saciará mi muerte, pero no lograrás nada. Me la llevo conmigo». Cuando Valentino me dijo aquello antes de morir realmente creí que cumpliría su promesa. Pero Kathia sobrevivió, dormía conmigo cada noche, y cada una de esas noches me despertaba perlado en sudor y con el corazón en la garganta, preguntándome si de verdad había tenido tanta suerte.

No pude más.

Golpeé el jarrón de margaritas blancas al tiempo que soltaba un grito. Se hizo añicos contra la pared y miles de cristalitos salpicaron el suelo.

La doctora ni se inmutó, tan solo me miró con una expresión de compasión que detesté con todas mis fuerzas. Me dejaba expuesto, sabedor de lo consciente que la mujer ya era de mi infierno.

—¡No tienes ni puta idea! —grité—. ¿Quién coño te crees que eres para hablarme de ese modo, ah? He venido porque me lo han pedido…

—Rogado —especificó ella.

—¿Y para qué, Sabini? ¿Para escuchar las impertinencias de una mujer que se cree capaz de curar mi mente? —Sonó un poco a mofa—. Mi mente está bien como está.

—¿Enferma?

—¡¡¡Sí!!! —Me desgarré la voz, y no supe por qué me lancé hacia la mujer, que seguía sin inmutarse—. Puede que ahora todo sea una mierda, pero sé que me recuperaré. Solo necesito un poco más de tiempo que los demás, nada más. Y desde luego no necesito que me ayude alguien que no tiene ni puta idea de lo que es que la mafia te devore.

Salí de allí dando un portazo.

Y caminé horas. Caminé hasta que la madrugada cayó, hasta que se me agotó la batería del móvil y dejó de molestarme con llamadas.

Caminé hasta que el aliento me asfixió y el alba despuntó. Y seguí haciéndolo hasta que la noche volvió a alcanzarme. Solo entonces pensé que era hora de volver a casa y abrazar a Kathia.

# KATHIA

Cristianno nunca me había acariciado como si su amor por mí fuera un castigo. Pero cuando aquella noche irrumpió en mi habitación y lo miré a los ojos supe que se había roto y que debía consentirle tocar fondo a través de mí. Lo supe cuando ni siquiera me dejó preguntar dónde había estado las últimas horas, y me empujó contra la pared antes de devorarme en un beso demasiado hambriento y doloroso.

Follamos sin apenas desnudarnos. Arañándonos la piel, respirando el uno del otro, embistiéndonos con rudeza. No fue placentero, solo una vía de escape. Una tormenta más que atravesar. Cuando cesó, alejó a Cristianno, y a mí me dejó tendida en la cama, luchando contra mi propio aliento.

Vi cómo se acercaba a los ventanales. La noche salpicó su rostro y su torso. Los pantalones colgaban de su cintura. Era una visión espectacular, pero también muy desoladora. Porque esa sería la primera vez que me toparía con el Cristianno que se había escondido desde que yo había despertado del coma.

El Cristianno más vulnerable y solitario. El más destruido.

Me acerqué a él y apoyé una mano en su espalda. Enseguida se apartó.

—Mi amor…

—No, no me toques —espetó con la voz rota.

Salió a la terraza. Tomó asiento en una de las hamacas y miró al horizonte. Cualquier habría creído que volvía a hermetizarse, pero supe que no sería así esa vez. Supe que se abriría a mí si me acercaba de nuevo.

Eso hice, y acaricié su mejilla. Cerró los ojos. Temblaba cada vez más, su respiración incrementaba. Y entonces estalló. La histeria cobró protagonismo, le cerró los pulmones, luchó porque el oxígeno entrara en ellos, pero no lo lograba.

Temblaba como nunca antes. Temblaba de pánico y agotamiento, tomando pequeñas bocanadas de aire que enseguida expulsaba, y las lágrimas empezaron a cuartear su bello rostro.

Cogí sus manos. Si iba a tener un ataque de ansiedad, quería que al menos supiera que podía aferrarse a mí.

—No puedo… No puedo asumirlo —resolló destrozado—. Siento que si desvió un instante la mirada, desaparecerás. Siento que se me abre el pecho en dos cada vez que te recuerdo tendida en esa maldita carretera, cubierta de sangre, con esa mueca inerte en el rostro. Sucede a todas horas… Sucede incluso cuando te hago el amor y me miras con esos ojos embriagados.

Lo contó enajenado, con voz entrecortada y convulsa. Entendí que había mucho más, que Cristianno se había deshecho de las ataduras y ahora cruzaba su personal infierno para venir en mi busca. Así que lo dejé hablar, dejé que derramara todas sus emociones, por crueles y devastadoras que fueran. Por mucho que me hiriera verlo tan abatido.

—Creí que habías muerto y ni siquiera tuve el valor de acercarme a ti. —Apretó mis manos —. Me quedé tan quieto, me sentí tan solo. Algo… algo de mí se quebró ese día. Y después dormías y no despertabas, y solo podía recordar cada puto instante. Una y otra vez. Una y otra vez.

Se liberó de mi contacto y se llevó las manos a las sienes para apretar mientras su rostro me mostraba una expresión de pura desesperación.

—Esta cabeza… esta maldita cabeza… Me recuerda cada palabra, cada movimiento, cada gesto. Oigo sus voces, veo sus caras. —Sabía tan bien a quiénes se refería—. Están tan grabadas en mi memoria que logran que no crea nada de lo que estoy viviendo en la actualidad. Ni siquiera me creo que estés aquí. Y sé que se han ido, pero siguen conmigo. Me persiguen a todas horas. No me dejan dormir ni comer, no puedo respirar... Y me hago el fuerte. Sé que puedo, me digo. Pero no es verdad. Porque me repiten constantemente, constantemente, que Enrico pudo morir. Que Eric pudo morir, que mi primo tuvo que matar al que creía su padre. Que Fabio no está. ¡No está! —El llanto incrementó con su nombre—. Y su ausencia me devora. No merecía tanto castigo, no merecía no poder mirar a su hijo como lo que era de verdad. Su hijo, Kathia. Mauro ni siquiera pudo despedirse. Y mis padres y mis abuelos… Y tú…

Se me partió el alma. Me había prometido no seguirle en sus lágrimas, pero me fue imposible, y me uní a ellas en silencio, sin dejar de observar cómo mi compañero se hacía pedazos y yo no podía evitarlo.

—Casi te pierdo. Casi lo pierdo todo. Y me aterroriza quedarme solo. Me aterroriza lo cerca que estuve de perder a mi padre, ver a mi madre llorar, ella nunca llora, y lo hizo tantas veces. Y cuando te miró veo todas esas veces… También las que te soñé teniéndote de esta manera… —Nos señaló, y me preocupó el modo en que su asfixia apenas le dejaba hablar—. Ahora… ahora estoy tan… roto que no creo que tú seas real… No me creo estar en esta casa, mi casa, con toda mi gente…

Negó con la cabeza. Trató de tragar saliva. Tosió un poco. Pero seguía resollando en busca de aire, seguía luchando por contener el torrente de lágrimas.

—No soy tan fuerte. No me queda ni un gramo de fortaleza. No soy ese guerrero que describís ni ese hombre destinado a reinar. No soy más que un… pedazo de carne atormentado por los recuerdos. Y no sabré darte la felicidad que tantas veces te he prometido… No sé cómo dártela ni como mirarte sin sentir que el miedo me devora por dentro. No puedo más… Quiero que pare…

Yo tampoco pude más y tiré de él para abrazarlo. Lo hice con tanta fuerza que terminamos tumbados en la hamaca. Protegí su cuerpo entre mis brazos, lo cobijé hasta que él se permitió hacerse pequeño. Lloraba y jadeaba sofocado mientras yo acogía sus convulsiones.

—Shhh, estoy aquí —le dije.

—Haz que pare, Kathia.

—Lo haré, lo haremos juntos.

—Siempre fuiste la más fuerte de los dos.

—Porque me alimenté de tu valor.

Dejé que llorase. Lo hizo hasta que se quedó dormido. Fue la única noche que lo vi descansar de verdad, con la certeza de que sus demonios no lo atormentarían y que me encontraría al despertar.

Descansó mientras yo velaba por él. No dejé de acariciarlo ni un instante.

Ni uno solo.

# CRISTIANNO

La doctora Sabini terminaba de pasar consulta a las siete de la tarde. Me di cuenta de que tenía pacientes de lo más variopintos. Desde jovencitos adictos a sus videoconsolas a ancianos cascarrabias.

Ella parecía disfrutar de su trabajo. Tanto que acompañaba a cada uno de ellos hasta la puerta y siempre les regalaba algún dulce y una sonrisa. Eso lo vi la tarde que me atreví a subir a la vivienda donde trabajaba después de haberme pasado varios días por la zona.

Su secretaria me miró incómoda al ver que tomaba asiento en la sala de espera.

—Señor Gabbana, no tiene consulta hoy. De hecho, no tiene cita asignada —me dijo.

—Lo sé, esperaré a que termine.

Pero Sabini se hizo de rogar y —pese a que su jornada había terminado y su secretaria ya se había ido— se puso a hacer otras tareas mientras tatareaba una canción, muy consciente de que ya eran las ocho y yo seguía esperándola.

—Me alegra verte, Cristianno. Adelante —dijo ofreciéndome pasar a la consulta.

—Siento mucho molestarla.

—Dejemos los formalismos, por favor. ¿Por qué no tomas asiento?

Tragué saliva y ocupé el mismo lugar de la primera vez. El jarrón había sido sustituido por otro similar y las margaritas ahora eran tulipanes rosas.

—No quiero robarte mucho tiempo. Solo quería decirle… —chasqueé la lengua para corregirme, y ella sonrió—… decirte que lamento profundamente cómo terminó nuestro último encuentro. No sé qué me pasó… En realidad, sí que lo sé, pero tú no tienes la culpa. Y me preguntaba si estarías dispuesta a darme una segunda oportunidad.

Después de aquella noche junto a Kathia descubrí que lo único que mi mente había estado esperando era asumir que necesitaba ayuda para plantarle cara a mis traumas en vez de consumirme tratando de solucionarlo todo yo solo.

El pasado bien me había enseñado que necesitaba a los míos hasta para respirar. Así que no tenía sentido apartarlos cuando peor estaba, y era evidente que mis recursos mentales no estaban resolviendo el problema.

—Has tardado mucho menos que la media —confesó la mujer.

Pestañeé aturdido.

—¿Cómo?

—¿De verdad crees que eres el primero que pierde los nervios en esta consulta? —sonrió orgullosa—. Querido, llevo más de veinte años en esta profesión y te aseguro que me asombra que no la consideren de alto riesgo.

Se me escapó una sonrisa nerviosa que provocó que ella se carcajeara.

—En fin, ahora que he logrado sacarte una risa, ¿eres más de pasta o de pizza?

Cogió su teléfono y se puso a navegar en él ignorando por completo mi desconcierto. Yo no podía dejar de mirarla.

—Pasta —terminé admitiendo.

—¿Tiramisú o helado?

—Helado.

Aquello era lo más raro que podía esperar.

En cuanto hubo terminado, dejó el teléfono en la mesilla, se cruzó de piernas y sonrió al mirarme.

—Bien. ¿Empezamos?

Tragué saliva.

—¿Ahora?

—No tengo ninguna prisa, y hace mucho tiempo que no ceno macarrones.

De acuerdo, íbamos a cenar juntos y ni siquiera me había preguntado.

—¿Y qué se supone que debo decir? —quise saber.

—Creo que podrías empezar por el principio. Pero solo después de enviarle un mensaje a tu familia diciéndoles que vas a pasar la noche fuera. —Torció el gesto y me desafío con una sonrisa—. ¿Qué me dices Cristianno? ¿Te atreves a hacer ese viaje conmigo?

Lo que aquella mujer proponía era un viaje terrible, aunque certero porque sería la primera vez que tendría las riendas. La primera vez que hablaría de ello con calma y mirando de frente a ese infierno blanco que ya empezaba a desvanecerse.

—Sería un buen comienzo —murmuré.

—Es el comienzo ideal, querido.

Cogí aire. Pensé en mi gente y en Fabio. Lo haría por ellos. Pero también por mí, porque todos merecíamos que yo estuviera bien y volviera a ser Cristianno Gabbana.

—Pues te sigo, señora.

—Ahí está el guerrero.

UN DARK ROMANCE LLENO DE LEALTAD,
AMBICIÓN, AMOR Y SANGRE.

**VIAJA AL CORAZÓN DE LA CAMORRA NAPOLITANA**




Grijalbo | Penguin Random House

SÍGUEME EN **INSTAGRAM Y AMAZON** PARA NO PERDERTE NINGUNA NOVEDAD Y SER EL PRIMERO EN RECIBIR CADA LANZAMIENTO.

INSTAGRAM

AMAZON

Y NO OLVIDES DEJAR TU VALORACIÓN Y OPINIÓN EN:

amazon

¡MUCHÍSIMAS GRACIAS!